



Dietario de crisis

Ramón Pedregal Casanova

Ramón Pedregal Casanova, profesor de novela contemporánea española en la Escuela de Letras, crítico y asesor literario.

Libros publicados:

Siete Novelas de la Memoria Histórica. Posfacios.

Editado por Asociación Foro por la Memoria y Fundación Domingo Malagón.

Belver Yin en la perspectiva de género y Jesús Ferrero.

Editado en Bubok.com

Publicaciones literarias: reportajes, entrevistas, crítica y ensayo en las revistas y diarios siguientes: rebellion.org, Crónica Popular, Revista Delibros, Le Monde Diplomatique, Mundo Obrero, Diario Lanza (Ciudad Real), Pueblos Revista de Información y Debate, El Crítico, Actualidad Literaria (Escuela de Letras), dosdoce.com, Cuadernos del Matemático, Añil (revista de cultura de Castilla-La Mancha), Lateral, El Cenital, Diario Ya, La Nueva España.

Mayo 2013

ÍNDICE:

1. Imperio
2. Gobierno
3. Memoria
4. Economía
5. Trabajo
6. Aprendizaje
7. Familia

Rebelión ha publicado este libro con el permiso del autor mediante una **licencia de Creative Commons**, respetando su libertad para difundirlo en otros medios.

Este pequeño libro, suma de microficciones, micronarraciones, relatos, pensamientos y escenas, lo he dispuesto así para buscar al lector desde ángulos distintos.

Si la ficción breve, la narración breve, el relato, el pensamiento, la escena, no son resúmenes ni abreviaturas es porque quieren que el lenguaje, condensado, ajustado, abra paso a un río de conexiones con la realidad y sus significados de manera que hagan surgir en la persona lectora ideas, imágenes y emociones que induzcan a superar las palabras, que lleven a los actos.

Pretendo que lo contado aquí se perciba enmarcado por una crisis general que llega hasta lo más particular de las vidas. La línea transversal a los espacios que conforman el libro: Imperio; Gobierno; Memoria; Economía; Trabajo; Aprendizaje; Familia; esta dibujada con el título, "Dietario de crisis", pero de nada serviría si cada una de ellas no buscara una prueba de ello y una salida a otra sociedad. Por eso he pretendido tomar lo público y lo privado desde una conciencia crítica, que le llegue al lector por diferentes ángulos, para que no haya redundancias, porque no quiero que se acabe el efecto en cada pequeño texto.

El autor

IMPERIO

Dios, con esta oración hago mío tu deseo, dispongo mis cinco sentidos para servirte. Te he escuchado. El país objeto del que me hablas tiene lo que multiplicará nuestros beneficios. Un país perdido, remoto, cruel con nosotros necesitados, del que nos anuncias sus riquezas. ¡Ay! Dios mío de la Santa Usura, no descansaré hasta que ponga a tus pies la sustancia de ese país cruel. Como es tu mandato, yo, Presidente de Estados Unidos, cumpliré con mi deber cuando sus habitantes, aprovechándose de nuestra circunstancia, me obliguen a que los mate.

Cuando el Papa negó la existencia del Infierno en el trasmundo, aquel jefe de Estado, avisado años antes, se había dispuesto a apropiarse del concepto espectral tan sobresaliente y crearlo en la Tierra. Desde entonces emplea en ello todos los medios que le surten sus banqueros.

“El hombre que apretó el botón para que cayese la bomba atómica no existió nunca. Yo soy el primero”. Decía el ególatra soñándose conforme levantaba su brazo derecho, y de la mano extendida su índice.

Bush, Condoliza, ...salieron a la tribuna y sin que sonase campana alguna se liaron a aporrearse; el mayor número de espectadores de la historia televisiva. Al terminar se anunció que al día siguiente saldrían cada uno con una pistola cargada. Los audiómetros marcaron record de audiencia. Mañana funerales. Se asegura masa mundial.

Bush entra en la sala de conferencias. Se dirige al centro, donde está el micrófono. Cincuenta periodistas esperando disparan las máquinas de fotos. En el centro de la sala Bush desenfunda un colt 45 y ibang! ibang! ibang! Todos los periodistas al suelo, ruido de sillas, de cámaras rotas, gritos y silencio. Se acabó. Apunta el colt y ibang!, Bush se hace un agujero en la sien, la bala sale por la otra sien: dos agujeros. Se echa a reír, y los periodistas levantan la cabeza del suelo y se ríen. Después le sale humo por los dos agujeros y cae de espaldas. Los periodistas son un grito de horror y abandonando todo, cámaras, grabadoras, cuadernos, en masa se lanzan a socorrerle, ¿a socorrerle?

El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional hicieron cuentas. Guerra, guerra y guerra. Pero aquel país era una gota de tinta caída en su cuaderno de balances, después un agujero sin fondo, se tragaba la soga del debe con soldados, armamento y gobiernos, y se asustaron al ver el borrón en su libro de cuentas, pues la tinta caló las páginas restantes.

7

Los soldados estadounidenses mataban.

Los soldados árabes mataban.

Los estadounidenses morían.

Los árabes morían.

Los estadounidenses volvían a su tierra.

Los árabes se quedaban con su tierra.

GOBIERNO

Los dirigentes no creen en el trabajo por la igualdad, creen en el dinero. Los trabajadores no se mueven y se desorientan. Borran su experiencia de si mismos y la de los que son como ellos. Creen en el dinero. Luego...el dinero no vale nada porque hace mucha falta. Luego...quieren creer en los que son como ellos. Los que son como ellos quieren creer en los que son como ellos. Se desesperan y maldicen a los dirigentes. Los dirigentes prohíben. Y maldicen a los dirigentes. Los dirigentes dan dinero y los desclasados persiguen a los que maldicen a los dirigentes. Los dirigentes dan más dinero y otros desclasados matan. Los trabajadores abandonan la fe en el dinero, y dejan de creer en conceptos vacíos. Razonan razonablemente sobre lo común de los trabajadores, sacan su experiencia: cambiar, moverse, detener a los que persiguen, a los que matan, y a sus dirigentes.

Cree las cosas de otro, difunde las ideas de otro, y vive para los intereses de otro. Calla obediente ante el otro, sin sus problemas ni sus ideas propias, porque está muerto, muerto.

" - La culpa es del puesto que me dieron. Yo siempre había sido honrado".

Los parlamentarios directivos le miraban con ojos entrecerrados de burla, afianzaron sus culos en cada asiento, y el que presidía la mesa tomó la palabra: "Es perfectamente posible sacar cinco o incluso diez minas de una sola..." "Les entregaré a continuación los gráficos de evolución del salario interprofesional durante los ocho últimos años y podrán contemplar sus señorías cómo el salario mínimo ha ido cayendo sistemáticamente en relación con el incremento de la subida de los precios, es decir, del IPC. Es por tanto necesario proceder, por razones no sólo de justicia social si no también de eficiencia económica, a una revalorización inmediata del salario mínimo interprofesional. (...) Eso sí, la regulación del nuevo salario mínimo interprofesional incorporará la desvinculación de todas las prestaciones públicas ligadas al salario mínimo salvo las correspondientes al sistema de protección de empleo." "Al que tiene se le dará y al que no tiene, aun lo poco que tiene se le quitará."

"Cuanta tranquilidad", se dijo el parlamentario directivo autoinculpado, "cada vez veo más diferencias".

(En medio de la parábola cruel cristiana aparece lo dicho en las Cortes recogido en el Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados. Año 2004. Trabajo y Asuntos Sociales. Presidencia de la Excm. Sra. D^a Carmen Marón Beltrán. Sesión nº 2, celebrada el martes, 18 mayo 2004. Los dos textos se encuentran en el ensayo de Belén Gopegui "A la espera de los grandes temporales", perteneciente al libro "La (Re)conquista de la realidad", Tierradenadie ediciones.

El corruptor salió elegido. A nadie le extrañó.

- La corrupción -dijo ante el micrófono- es una mal que a todos nos atañe, a unos más y a otros menos, pero nos atañe.

A la vista de todos se descompuso.

El parlamentario socialista increpó al de izquierda porque éste había mancillado el honor del parlamentario de derecha que, haciendo uso de la ley, había exigido respeto por la voluntad del empresario que, haciendo uso de la ley, pedía que se votase a favor de indemnizarle con dinero público que, haciendo uso de la ley, impedirá que se le persiga fuera del país por todo lo rapiñado.

Cuando el tirano murió estalló la alegría entre la gente del pueblo, y en esa alegría se hizo cargo un buen gobierno, y fue tan diferente que avergonzó a los que tenían la cara del pasado. Cuando desapareció la generación que había soportado se apagó el recuerdo de las gentes sencillas. Los hijos de los que ejecutaron las órdenes del dictador no olvidaron que su condición provenía de aquél. Aplicando sus métodos ocuparon nuevamente el poder.

Cae cada recibí y cada millón de dólares, y todos ellos pretenden huir dejando allí la ruina.

Y así, con esa picardía que brota al rascarse la cabeza, a los otros les da por pedir que les enseñen las manos antes de cruzar la frontera.

Pasaba el día entre los cacharros de cocina. Lo mismo planchaba tortillas que cocía verduras, que le daba vueltas a unos filetes nunca de ternera. Había demasiada gente pasando hambre. La crisis por el otro extremo producía riqueza a sus procuradores. Olla común, dos cazos en cada plato y una de aquellas lonchas de carne extraña con un trozo de pan. Nadie de los que estábamos o pasaban por allí esperábamos ni recompensas ni ir a peor, ya era suficiente. ¿He dicho nadie?

Había un hombre del que nunca supe su nombre que se sentaba de los primeros y hablaba con unos y otros sin tener un grupo definido. No faltaba nunca, y aunque tenía unas manos finas, poco trabajadas, decía que su lugar era el andamio, espacio que hasta entonces tuvo en abundancia mano de obra emigrante, por eso se movía entre ellos sobre todo.

De vez en cuando los sirvientes observábamos que alguien dejaba de venir, suponíamos que encontraban trabajo o cambiaban de comedor. Nuestra sorpresa fue cuando en cierta ocasión apareció uno de aquellos que dejaron de venir tan solo hacía unos días. Grande y fuerte como era, pegando una patada a la puerta del comedor entró como una tromba haciendo que las batientes golpeasen la pared de cada lado mientras gritaba, "¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta!", y así, sin parar buscó furioso entre las mesas largas, y en una de ellas a la que no había llegado saltó aquél que tanto hablaba sin que se supiese bien que hacía allí, y echó a correr despavorido queriendo alcanzar la salida tras sortear al grandullón que gritaba "¡Es un chivato de los sin papeles!. ¡Es un chivato". Después de oírse esto se hizo el silencio en el que el chivato marcaba su carrera con las suelas pisando como un caballo, para escapar mientras lanzaba cuchillos por los ojos, y enseñaba un estado de nervios destemplados. Desde el mostrador vimos como, hecha la denuncia, se levantaban los pobres, un buen número de pobres, que pudieron cerrar la puerta y ponerse delante de ella. ¿Qué iban a hacer? ¿Qué había que hacer?. Aquel día sobró todo el postre, y sobraron garbanzos y aquellas extrañas lonchas de carne. Las bolsas de basura iban llenas, pero las sobras las guardamos, allí nunca se tiraba nada.

Cínico. Le señalé las fechas de las reuniones, y cómo, tras cada confrontación de puntos de vista que evidentemente eran de carácter ideológico, habíamos ganado al partido gobernante, y después él había llegado a acuerdos con ese que contradecían lo votado. A pesar de todo pelee porque ocupase el puesto y vencimos otra vez a los de derecha, y continuó adoptando las posturas de los otros. Y ya en la última, la discusión sobre si las mujeres eran una clase social y los hombres sus enemigos, o sobre la prostitución como una profesión para la mujer me había hecho enfrentarme a él y recordarle que aquella fue la primera discusión que tuve con los que ocupaban por entonces el puesto de gobierno. Le repetí y repetí, porque no contestaba, en qué discusiones me empleé con la derecha cuando llegué para apoyarle, y se lo repetí y repetí; alzaba su muñeca para ver el reloj, miraba para los lados, cerraba los ojos y agachaba la cabeza conforme juntaba las manos apoyando los antebrazos, hasta que entró en el despacho alguien que se quedó a mi espalda, entonces adoptó una posición más firme en su butaca y dejó de moverse, yo no podía ver quien había entrado, pero él, sentado frente a mi, alzaba la vista para mirar a quien fuese sin inmutarse; yo, con más entereza también, seguí exponiendo: "la posición nuestra es que la mujer no puede ser objeto de comercio, por eso decimos no a la prostitución". Y entonces levantó la vista, no se si miraba a quien estaba detrás o si miró al techo, después se dejó caer en el respaldo del sillón, parecía descansar y, conforme miraba fríamente a quien permanecía detrás mía escondiéndose, dijo alto y claro:

-Pues no se, sobre eso hay opiniones.

Por un instante le vi tal como era, allí sentado, recostado, suelto, y a gusto, y comprendí. Me levanté despacio, fui a la puerta, abrí, y antes de salir traté de ver quien había estado todo el tiempo a mis espaldas, pero escuché unos pasos que situaron a quien fuese, detrás de las banderas institucionales, y no pude identificar a nadie.

El ambiente era gélido. Habíamos quedado en la sede central del sindicato. Mi conocimiento de sitios inhóspitos diría que es amplio, y a partir de este he debido tenerlo en cuenta a la hora de intuir algo sobre la intención de mi interlocutor. Y es que antes parecía que el ímpetu me llevaba a la razón fría únicamente en los encuentros con contrarios de toda índole. Esta vez fallé a la hora de sopesar las palabras del contrario en la espera, quizás la atmósfera no era propicia. Desde el sillón en que me senté, el único que había en el espacio desde el que se abría el pasillo, veía el desfiladero de paredes blanquecinas tachonadas de puertas apenas distinguibles bajo la luz lechosa de los fluorescentes; todo frío y ajeno. De vez en cuando salía alguien irreconocible de una pared u otra y cruzaba al otro lado donde abría una puerta que yo no era capaz de distinguir.

Esperaba y esperaba, y viendo que tardaba mucho más de lo debido me habría marchado, pero algo me hacía quedarme más allá del compromiso de sentarnos a negociar los salarios, y no era el empeño por zanjar esa parte del convenio. Sobrepasé la ansiedad queriendo averiguar el motivo de la tardanza. Habían pasado una hora y dos, y desde allí le llamé por teléfono, varias veces, y me respondía "acabo en un momento".

La atmósfera resultaba gélida, el vacío aquel cercenaba cualquier razonamiento, consumía los impulsos del carácter, sentía cerrármeme los ojos y gastaba energías en mantenerlos abiertos.

Volví a llamarle de nuevo y nada más dar la primera señal descolgó y dijo, "espera, que voy a terminar ya", y colgó. Y me eché a andar por el pasillo, refrescado por la rabia que me dio, busqué entre aquellas puertas invisibles la que tenía un rótulo con el título de "Director General", y sin llamar la abrí y pasé. Allí estaba, solo, sentado ante la mesa de despacho y con los pies en calcetines sobre ella, y en sus manos un periódico deportivo. La suerte estaba echada.

El rey ya le sacaba una buena ventaja en la fila. Siempre había deseado adelantarlo. No vio si también a él le cortaban la cabeza.

iLo mismo hace crecer el peelo que quita el mal de ooojo! ihace que encuentres trabaaajo y que encuentres novia o nooovio! ique te toque la loteriiiia que cura enfermedadaaes! ique aprueeeebes los exámenes o que vaaayas al cieeeelo! iVieeene el santeero! iTuuu!

La voz del pregonero suena hueca, recuerda el mugido de una vaca, y sopla una turuta hecha con un pequeño cuerno retorcido de cabra diabólica.

iSaliii a la calle que os va a haceer un milaaagro! iVieeene el santeero! iTuuu! iVieeene el santeero! iTuuu!

Desde hace miles de años los brujos se invisten de poder divino, hablan con dios, y propagan lo que dios les ha dicho, a ellos solos, porque dios no tiene confianza con nadie más que con el santero: ahora quiere que os matéis entre los pobres, ahora que me deis el dinero que tengáis, ahora las cosechas, ahora que recéis, ahora que os muráis de hambre...; también dice el santero: todo lo que os pasa es por culpa vuestra. Si el hombre (iel hombre!) fuese bueno (ino malo, por favor, malo no!) no pasaría lo que pasa, (¿y qué es lo que pasa?); obedeced; sed bondadosos.

Y las gentes devotas salen con velas y se arrodillan a su paso. Se le ama y se le teme, y cuando levanta un muñeco de escayola pintada y pone cara compungida, los asistentes lanzan alaridos al cielo iAAA! iAAA!, y lloran tapándose el rostro con las manos y agachan la cabeza. Sus oraciones, golpes de pecho, vaivenes con el cuerpo, van junto con los murmullos que se asemejan al hervor del agua en un puchero, algo así como debe sonar el agua hirviendo en las calderas del infierno, que ahora, por cierto, dice que no existe, lo ha hecho desaparecer, y, si además de escuchar miras, tu vista recogerá una ancha hilera de espaldas curvadas.

El santero viene con cofia y falda, le han hecho una camiseta del real madris, y va de pie metido en una vitrina colocada sobre un carro ligero, no usa bonometro aunque se lo han puesto más barato, haciendo gestos con la mano derecha en todas direcciones, adelante y a los lados. No hace esos gestos para los de atrás, a los de atrás no piensa pedirles perdón, "están jodidos", que decía uno de los suyos, bigote arrocet, luego se lo ha quitado porque el bigote y el flequillo recordaba mucho a otro de ellos, anterior, que llegó al gobierno de Alemania con los votos del partido católico. Pero no nos vayamos de lo que estábamos diciendo, aunque el santero también en aquellos años vestía bestia de nazi.

Ahora practica otro método: hace conjuros. Los artesanos hacen fetiches de palo y pasean y venden pieza a pieza a cada rezón y cada plañidera que han comprado sus estampas con fotos de niños y mayores. El santero tiene rasgos que asocian a una calavera, ojos hundidos, pómulos salientes, grandes ojeras, labios casi en raya, la calavera de los uniformes nazis, recuerda, sí, la recuerda. Pero te va a salvar, te va a quitar los dolores, te va a dar felicidad,... sex buenos, invocad, rezad, obedeced, mirad la lista de milagros que ha hecho, pedid y poned velas a los dioses y diosas de su harén, velas, muchas velas. Este es muy milagrero, ponle perejil en agua y

verás como se arruina el perejil, y las flores, y el agua misma, venera y venera la imagen, a los niños les gusta, provocan a los sacerdotes entregados a sacarle dinero a la escayola, al palo, al papel, tallas y estampas que venden mientras aseguran un oscuro sortilegio.

¡El santeero! ¡el santeero! ¡ha venido el santeero!

El pregonero vocea, pero ya no es hueca su voz, no recuerda al mugido de una vaca, lleva varios días dándole y dándole, ahora grita como si graznase, y después, con renovado esfuerzo sopla la turuta hecha con un pequeño cuerno retorcido de cabra diabólica.

¡Lo mismo hace crecer el peelo que cura las perversioones!

Los más creyentes de su efectividad sobre las gentes por su distribución de superchería, le dan 13.000.000.000 de euros (diez mil millones), además de entregarle otras regalías sin cuantificar, amen de dejarle encargado que guarde en su Paraíso Fiscal cantidades millonarias de euros que roban al Estado, sobre ese tipo de robo el año pasado, en 2010, un sindicato de la Agencia Tributaria lo ha cuantificado en más de 59.000.000.000 de euros, (cincuenta y nueve mil millones de euros). ¡Bendito sea dios!, ¡con el hambre y otras necesidades que hay entre los que trabajan!

La gente que está de rodillas guiña un ojo a quien tiene al lado, se atornilla la sien con el dedo índice, o se da con los codos sonriendo irónicamente, han perforado el mito que vende el santero, pero no saben qué hacer; el santero aún interfiere entre la razón y la voluntad de ejercerla, induce al dramatismo y le ayudan los brujos menores, cuando, ¡ahora!, ¡sí!, ¡en este mismo momento!, entre las dos filas de gente arrodillada pasa el santero dentro de su huevo de cristal haciendo gestos con la mano derecha a los de delante y a los de los lados, a los de atrás ni el más mínimo caso.

Y la voz ya es baja, ahogada y ronca, mientras el pregonero va pensando que se le acaba el trabajo basura de anunciar al santero, y que está harto de que le utilicen y en este caso de una manera tan desvergonzada, le pagan por anunciar al santero, cuando mañana, dentro de unas horas el encargado del santero le va a dar unos euros y encima, él, le tendrá que dar las gracias, ¡maldita sea!: ¡El santeero! ¡el santeero!, -se le rompe la voz- ¡ha venido el santeero! ¡cura enfermedaaes! ¡sacas noovio o noovia!...

MEMORIA

Primero fue el terror tras la guerra, después la obediencia fue seña de identidad, y cuando el terror y la obediencia instaurados consiguieron confundirse y ser asimilados, entonces los promotores sembraron la doble moral.

Al cabo de unos años, los que salieron no sabían qué contar de por qué estaba allí, parece que él mismo no recordaba. Ni el gobernador, ni los abogados de las partes recordaban lo más mínimo. Derribarón la cárcel y los presos fueron a la recién creada, pero sus documentos no aparecieron y las autoridades carcelarias no le dejaron irse con ellos. Él, sólo reconoce la cárcel, la puede dibujar, puede contar las historias de sus habitantes, eso de lo que se ha compuesto su vida, y si no vuelve se morirá.

Un día la libertad se prohibió. La gente siguió a lo suyo, estaba tan acostumbrada a que le mintiesen.

Un día la libertad se prohibió. Entonces la gente armó la gorda y acabaron con las mentiras.

Una mañana me crucé en la calle Bravo Murillo con un individuo que era igual, tenía la misma cara que Franco; me enfurecí de tal manera que di la vuelta y fui tras él, dobló la esquina y cogió la calle General Yagüe, todo un asesino, se metió en el primer portal y yo tras él, en su casa tenía un plano de Madrid y en él estaban señaladas las calles que llevaban nombres que hacían referencia al fascismo. Al salir me dedique, apresuradamente, a arrancar una tras otra todas las placas de todas aquellas calles que le habían hecho pasar desapercibido a los ojos de la inocencia y la honradez, y muy de mañana me aposté en aquel portal de la calle en la que quité la primera placa. No llegó, ni ese día, ni al siguiente, ni nunca más.

La España machungona que escandalizaba contra el que contestaba a sus insultos, actualizaba el pasado de miedo de la mayoría.

Leo la página del tiempo: "Hoy mal día en España" No había visto eso en el mapa de la televisión. Entonces miró a la cabecera de la página periodística: 18 de Julio de 1936.

A los prohombres de pasado oscuro les molestaba que alguien recordase a la gente de dónde venían. Sonriendo hablaban de cosas abstractas, de leyendas, de símbolos, cruces y coronas. Pero hasta sus gestos eran interpretados como propaganda. Su tendencia a exhibirse era de gente disimulada si no triunfal como si fuesen normales miembros de la mayoría, y eso les hacía aún más visiblemente distintos. Quisieron hacer campaña con imágenes familiares y se vieron tras ellos campos llenos de lápidas y fosas comunes. Quisieron mostrar su vida de riqueza y disfrute y se vieron detrás las gentes en masa andando con sus heridos, bajo los copos de nieve, con los niños en brazos, se vieron detrás los muros con los fusilados en tierra. Siempre se veía su pasado. En vista de lo cual los prohombres cambiaron la dirección de su campaña de imagen: empezaron a prohibir que se les viese su pasado y a detener al que lo enseñase. Mandaron a sus siervos a difundir, desde emisoras y periódicos, la palabra "irresponsable", entonada como acusación, llamando al miedo, como adjetivo de aquél que se atreviese a recordar aquello a los demás. Y también mandaron a sus locutores que titulasen a sus directivos-amos de prohombres y campeones de la libertad presente. Desde los mismos medios advertían que eran dueños de la estabilidad, luego, sugerían que podían quitarla. A la gente aquellas explicaciones le recordaban más y más el pasado.

Mi vecino antifascista sigue saliendo a su hora, con los demás, y al volver nos encontramos y hablamos.

La otra tarde un guardia trajo la orden a mi vecino antifascista de presentarse en el cuartel porque su actitud ante las provocaciones era imprudente.

Su hija me lo está diciendo. A él le veo en la cárcel de Porlier, en una celda pequeñita cortando el pelo a otro preso, con un guardia delante, y sus ojos de vida jornalera y comunista, negros e intensos, son dos flores titilantes, cada una de ellas para cada una de sus hijas.

Lo miro y juraría que sonrío.

Su mujer vive cerca de la cárcel de Porlier. Le querían ver todos los días, se apostaban enfrente, desde la mañana temprano hasta que miraba por la ventana un instante, para que supiesen, y luego sacaba las manos entre las rejas saludándolas, al poco el centinela disparaba a la ventana.

La mujer y las hijas se iban temblando. Nunca le hirieron. Al día siguiente volvían al amanecer.

Al despertarse una mañana encontraron antes de salir, cerca de la puerta, un sobre que les habían echado, ¿quién?, ¿cuándo? ¿a qué hora?, se preguntarían tantas veces en la vida. Traía una carta: "Mis queridas..."

El horror se apoderó del cuerpo de la madre y tirando de sus hijas corrió con ellas, a veces pisando el suelo, a veces volando, hasta el portón mismo de la cárcel cuando los guardias lo abrían y un camión con los faros blancos como ojos de la muerte en la noche negra y cortante, rugiendo salía. Gritando su nombre, la madre envejecida hasta el borde del abismo, vio y cogió un momento entre sus manos la cabeza sangrante que colgaba de la caja del camión, antes de que se fuese veloz.

Franco y sus fusileros no las alcanzaron, por eso me lo cuenta su hija.

¡Qué cansancio! ¡qué profundo y hambriento cansancio el de aquél albañil arrugado de tan flaco! Era de noche y su mujer y sus dos niños le esperaban sin comer, famélicos, con puerta y ventanas cerradas en la casita casi de juguete. Lejos, aún lejos se oía, acercándose, la sirena del coche patrulla.

“¡Qué cansancio!”, decía cuando llegaba, ponía la tartera sobre la mesa, y hacía un gesto de hartura pasando una mano por la barriga que sacaba: “no me lo he podido comer todo”; daba besos a los tres, preguntaba algo y se dejaba caer en el camastro.

La bombilla de 25 Watios enseñaba la tartera de latón. Dentro un trocito de chorizo y otro de tocino que habían acompañado a un puñado de garbanzos cocidos. Ella sabía que ni el chorizo, ni el tocino, ni el pan se los comería su hombre. Con que abrió la tartera, partió en dos cada pieza con uno de los tenedores que los niños le ofrecieron, y dándoselo al que se lo había cogido, les guiñó un ojo para que los comiesen con el pan, y se fue a besar a su hombre. Mientras, sonaba cerca la sirena del coche patrulla –los niños repasaban el pan por la tartera- como todas las noches –la escondían en la alacena- los policías de Franco venían a comprobar que no había salido.

Adquiere mapas, planos, prospectos turísticos. Su mayor deseo es viajar. Ha leído sobre tantos lugares hermosos, exóticos, lejanos,... el problema es que está preso a perpetuidad.

Al final de la escalera del metro el exiliado tocaba su pianito. Sus ojos, ya, más tranquilos que urgentes, no dejaban de decirlo todo. La gente pasaba ante él sin verle y sin oírle.

El mismo día antes de su liberación, 15 años en la cárcel, los presos políticos se declararon en huelga de hambre y de patio, y él entre ellos. Sus mismos compañeros le advirtieron que podían suspender su liberación por sumarse a su protesta. Se mantuvo firme.

15 años. En la puerta de la cárcel un golpe de cielo azul, de gritos de niños en el parque que había al otro lado de la calle, un gancho de emoción le hizo desmayarse dejándole en el suelo.

El guardia que estaba a sus espaldas se llevó las manos a la cabeza mientras decía con alarma:

- ¿Qué le ha pasado? -y llamó a los dos guardias que habían acompañado a la puerta al ya expreso- ¡entradlo!, ¡a la enfermería!, ¡cogedlo!...

A él le llegaban aquellas voces como ecos metálicos, cuando empezó a sentir una presión en aumento en brazos y piernas, y se le escuchó barbotear débilmente

- Estoy bien -y aún con los ojos cerrados y forzando la voz- ¡estoy bien! -y otra vez con más fuerza y claridad- ¡estoy bien! ¡estoy bien! -mientras se movía consiguiendo que le soltasen.

De un salto se puso en pie- ¡ahí dentro ni hablar!

Y los otros se quedaron inmóviles con la boca abierta y los ojos redondos.

Él, tragó saliva, dio un primer paso tambaleante, el siguiente más firme, y otro más, y otro,...

Era la primera vez que iba a librar en todos los años que llevaba en la fábrica: al llegar nos dijo el encargado que no nos cambiásemos que "hoy es día de descanso". El sueño de los obreros, de repente un día libre. Si lo hubiesen dicho antes, pero así, de improviso, la sola visión de un día sin encierro nos hizo subir la bilirrubina... Al marcharnos, junto a los autobuses, nos estaban esperando el director, el gerente y los encargados, y mientras el portero nos repartía una bolsa de plástico que contenía un bocadillo de mortadela y una manzana, uno de los encargados nos arengaba diciendo que nos llevaban "a hacer masa por la Avenida de José Antonio, va a pasar el Generalísimo y hay que aplaudirle". La primera manzana le pego en la frente y le hizo tambalearse y la segunda en plena cara derecha le llevó al suelo; los cientos de manzanas y bocadillos restantes hicieron una lluvia cerrada que acertaba sobre las cabezas del conjunto de jefes seguidores caudillistas que huía y caía y huía despavorido a refugiarse en la fábrica.

Me seguía, me seguía a todas partes. Allí donde iba, él venía detrás. Yo soy un militante que nunca he querido quedarme atrás. Pero aquel policía no hacía más que seguirme y seguirme. Tan seguro estaba de sí mismo que como burla me saludaba, se sonreía irónicamente y dándome una pequeña distancia echaba a andar detrás. Nadie podía acercarse a mí, vigilaba mi buzón, vigilaba a quien pasaba por mi lado, vigilaba el bar al que entraba a desayunar y aquel camarero anciano me trajo el café con un sobre de azúcar en el que ponía la dirección del fabricante. Allí fui y no había tal fábrica sino un bloque de pisos con un portal a la calle principal y otro portal detrás a otra secundaria. Entré por la principal y allí se quedó el perseguidor. Esperé un poco en las primeras escaleras y sin dejarme ver salí por el otro portal a la otra calle. Un coche a toda velocidad hasta un escondite, otro día en un camión hasta la frontera, y al otro lado me enteré que le habían destituido y le reventaron a golpes.

El chivato está con la mano bajo el mentón y el codo sobre la mesa, pensando. Después de tantos años de servicio no ha tenido nunca un jefe como a él le gustaría, un jefe insidioso, que apriete y le saque la información desde lo más profundo, un jefe exigente que le amenace, le grite, le hunda los dedos en la garganta para que suelte. Esos jefes que le tratan como un amigo sin serlo, que le presentan planes y detallan lo que quieren saber de alguien y dan las gracias, dice que le dan un poco de asco, que le dejan sin ganas. El jefe debe ser despótico, piensa, que no admita argumentos y solo quiera resultados, que no atienda a los problemas personales. Esos que comentan como jovencitos cualquier cosa que han hecho o les han dicho, le parecen disminuidos, incapaces. Él, piensa, quiere un jefe de ley y orden, que le trate jerárquicamente, frío y duro. Cuando le traten así, él dará las gracias a todas horas. El jefe que le mande gritándole, que le ponga de rodillas, y le patee el culo y le golpee la cabeza con un palo, a ese es al que servirá con placer, y dará las gracias toda su vida. Ese es el jefe, su jefe. Que le utilice en las acciones más abyectas, en las averiguaciones más traicioneras, que le use para las misiones que a cualquiera otro chivato le darían arcadas y hasta su conciencia de chivato hijo de puta se rompiera, porque el éxito de su jefe es para él la mejor paga de todas. Los jefes de ahí para abajo le dañan, le hacen sentirse menos, poca cosa, le hacen sentir el miedo de no ser útil, y entonces despedido.

Al jefe que él quiere, sigue diciéndose, tiene que notársele sibilino, traicionero, intrigante. Al que él tenga que mostrarse con toda su maldad y su crudeza, al que él le pueda sugerir la canallada más destructiva, hacer entrega de una calumnia de la que el acusado no pueda recuperarse. Quiere un jefe que le haga eso mismo a él. Que tenga eso mismo como objetivo. Que su causa más placentera la cumpla pegándole un tiro en una pierna, en la otra, que le arranque una mano, le rompa el esternón de un estacazo, le asfíxie con una bolsa de plástico en la cabeza, le de descargas eléctricas en los testículos, en los pezones, en los dedos de pies y manos, en la cabeza, en los ojos y la lengua, hasta que salga humo por todo su cuerpo,... y si se queja que lo tire por la ventana de un octavo piso como a Rafael Ruano. Y si aun le quedase un soplo de vida, que llame a todo el cuerpo de asesinos y chivatos y le golpeen con sus puños de hierro, con sus cadenas, y que le arranquen las uñas y los dientes, y formen un pelotón y le fusilen, tal y como hicieron con el comunista Julián Grimau.

El chivato pestañeó, pareció volver en sí, estiró los brazos y gesticuló como si se los arrancasen mientras se levantaba estirando el cuello, con los ojos vueltos y abriendo la boca y sacando la lengua de forma que recordaba a uno que le hubiesen dado "garrote", colorado por retener la respiración como si a la vez le ahogasen en el estiramiento, y vuelto en sí fue a ver con desgana a su jefe que solo gritaba su nombre.

Las últimas reuniones fueron para preparar un programa revolucionario que levantase a las masas contra el sistema. Las aportaciones y los análisis de la situación eran determinantes, y pasaba las horas libres sin podérmelo quitar de la cabeza. Finalmente una noche caí rendido, ¿cuánto tiempo pasó?

Pegué un salto que me puso en pie, y a punto estuve de dar un grito de horror; había soñado que tras la victoria, en un mitin, el que hablaba con desparpajo y voz firme gritaba: "¡La liberación de los albañiles ha venido dada por la hormigonera!"; y la mujer que estaba a su lado se levantaba diciendo cortante: "¡Y la liberación de la mujer ha venido gracias a la lavadora!"; despierto me pregunté apesadumbrado: "¿Qué hemos estado haciendo?".

La cita era en un cine, desde la butaca de la izquierda no vi quien me entregó el libro en el que iba metido el pequeño informe. Al poco quien me lo dio se fue. Yo me quedé casi hasta el final con la intención de dar aire de normalidad, y así en caso de haber algún policía verlo salir detrás de quien me pasó el libro.

El documento comenzaba con unas alabanzas a mi valor que yo no había demostrado. Me dio vergüenza, en aquella acción no estuviste, yo tampoco, y quien te contó..., pero ¿qué trampa es esta? ¿o es que alguien me ha sustituido y pone sus actos a mi nombre?.

Aunque, lo que me pone más en guardia es que me confíes el secreto de cada una de las próximas acciones, y que me cites para prepararlas, y me quieras hacer dirigente de ellas, y que me indiques el escondite para después...; he sentido tanto miedo.

Eso ha acabado de desarmarme, porque lo se todo, cuando no debería saber nada; y me ha entrado tal terror que he decidido no salir de casa hasta la noche; después he entregado la llave y el pago del mes, aunque sea día 2, al casero, y he corrido a coger un tren a cualquier parte, lejos, y allí otro a donde sea.

ECONOMÍA

- ¡Pero si ha ganado más que en toda su vida! ¿por qué nos despide?

El trajeado se recostó en su sillón y sacando una sonrisa irónica alzó la mano. Del fondo de la sala vino, hasta ponerse delante, un gendarme del tamaño de un gorila. El trajeado me miró frío a los ojos cruzando sus brazos y dijo:

- Jaque mate.

-¿Dónde hay que firmar?

El trajeado, sin dejar de mirarme, señaló con un dedo el finiquito conforme, y yo sin dejar de mirarle eché mano a mi cintura bajo la camisa y empuñé, y ahí se abrió la puerta del despacho y entraron en tropel mis compañeros.

El empleado bancario me miró con satisfacción cuando le dije que quería un crédito. Sus palabras hicieron que todas aquellas cosas que se dicen de los bancos, para mí, no fueran más que injurias de envidiosos y vagos, el empeño es el valor del progreso. Cuando yo repetí aquello en voz alta, los clientes del banco murmuraron con acritud y les vi con ojos acuosos y brillantes. El empleado bancario, servicial, me acompañó hasta la puerta. Cuando volví atrás giré la cabeza y observé que la gente le abría paso en silencio encogiéndose un tanto.

Al día siguiente me presenté en la oficina bancaria, y los que esperaban se apretaron para que me pusiese a la cola, desde donde pude escuchar el rumor de la vida llena de cadenas, pagos, fluctuaciones de moneda, especulación, inflación, ampliación crediticia, expropiación. Mientras masticaba las experiencias de los otros noté el dolor que me hacía el empeño en la cabeza y en el bolsillo, pero ¿y el empuje para escaparme de la red? Entonces me llegó la voz del empleado recitando a otro las mismas palabras que a mí me había recitado.

Reescritura de Brecht.

"-¿Qué hace usted para conceder un préstamo?

- Tengo varios modelos de pago, elijo uno y se lo adapto.

Entonces se sintió estafado. Sacó el dinero y se lo puso en la mano diciendo "a cada uno lo suyo". Pero el sentimiento de estafa aún fue a más, y tras decir "a cada uno lo suyo" le cogió el dinero de la mano, sacó una pistola y... entonces no se sintió estafado si no digno.

Cuando la historia la leemos al revés de cómo la escribe el siervo del banquero, la reconocemos.

En el capitalismo, desde las más altas instancias siempre se nos ha dicho: "Si es de unos pocos es un gusto" y "Si es de todos es un gasto". Aunque la mayoría sabemos que si es de unos pocos es un gasto y si es de todos es un gusto.

En el aeropuerto, faltando poco para el final de año, no había en los pasillos más que aquél hombre con el carrito cargado de bolsas de plástico repletas y objetos envueltos en papel de periódico, y un barrendero. Habían hablado alguna vez y el barrendero se sabía la historia del pobre. El barrendero le invitó a tomar las uvas cuando diesen las doce y fueron a sentarse en las sillas de un bar cerrado.

El barrendero notó al pobre decaído. Demasiado silencioso. Los pasillos, las escaleras, los mostradores, llenas de luz artificial parecían paradas en un momento crítico. Los grandes ventanales enseñaban las pistas vacías, negras, secas, tendidas, alumbradas sin movimiento. Por encima la noche negra envolvía aquella apariencia.

En esto el pobre dio con la cabeza en la mesa, sus ojos parecían mirar como los de un perro noblote. El barrendero parpadeó dejando la mandíbula que parecía desencajada, y clavó su mirar redondo, grande y acucioso en su compañero, debía tener el corazón en un puño, y le vio los labios azules y caídos. Llevó sus manos grandes, ásperas, temblando a la cabeza de aquél.

- ¿Qué te ha sucedido? –borbotearon sus labios.

En los pasillos, en las escaleras, ante los mostradores, en las pistas, no había nadie. El barrendero, levantándose pesadamente, encorvado como si le hubiese caído el mundo en ellos, fue al cubo de su trabajo y sacando una botella y dos copas de plástico que había llevado de su casa y reservado en su macuto, las llevó a la mesa que limpió con servilletas de papel bordeando la cabeza de su amigo, y sentándose junto a él, poniendo las copas frente a cada uno las llenó del espumoso que la boca de cristal fue dejando caer. Cogió la suya y dio un pequeño sorbo. La puso sobre la mesa, tendió su brazo izquierdo por encima de los hombros caídos, y se fue disponiendo a dejar pasar los minutos, prefería mejor las horas, hasta que apareciese alguien, el vigilante, los empleados, la gente,...

El banquero en su lecho de muerte pidió a sus administradores sus carteras. Con ellas entre sus manos declaró que su deseo era marcharse con un gesto de avaricia.

TRABAJO

Al terminar la jornada, le llamó y le dijo que al día siguiente no volviese, que iban a prescindir de sus servicios. Le temblaba un poco el labio inferior, ¿vergüenza?, ¿furia?, algo se le removía dentro. Él, sin embargo, no dijo nada y continuó su camino. A la mañana siguiente el dueño, desde la ventana, vio al obrero acercarse a la puerta, cruzar el umbral y entrar. Sin pensarlo abandonó la ventana y fue en su busca. Cuando llegó al vestuario el obrero metía la pierna izquierda en el mono azul. Le vio tan tranquilo que le costó reaccionar. Dirigió su mirada al fluorescente, a las taquillas y después al que se cerraba la cremallera de abajo a arriba. Callaba, pero quería decirle "está despedido"; por fin lo dijo, aunque el obrero no pareció escuchar, se ataba la bota izquierda. Se preguntó si le habría oído, si no, si los obreros oirían de modo diferente, si aquel en particular que le había tocado en suerte entendería, porque a lo mejor le había visto y estaba pensando "éste qué hace aquí".

"Buenos días", escuchó. Pero, no podía aceptarlo, los "buenos días" eran de otro día, "hoy precisamente no es buen día", se dijo. Su voz, la voz con la que lo había dicho aquél no era la de un despedido. Ahora, además, cogía los guantes de goma, cerraba la taquilla, se calzaba el casco y se disponía a salir al taller. Él dijo "está despedido", a media voz, sin saber cómo continuar. El obrero se metió en el taller mientras respondía serenamente "póngase a trabajar". El mundo al revés, entonces empezó a darse cuenta.

En la fábrica había discusión y asuntos por resolver. Se terminó pensando "o ellos o nosotros". Las dos partes fueron al ministro de Gobierno y le dijeron "o ellos o nosotros". El ministro contestó: "o ellos o nosotros". Pasó el tiempo y los trabajadores comprobaron los efectos de las palabras del gobierno "o ellos o nosotros", y concluyeron con desafecto: "o ellos o nosotros".

Nadie sabe cómo se llamaba el primer obrero. Tiempo después se murió. El patrón despreció su muerte y cogió otro. Despreció tantas muertes que su historia y su desprecio llega hasta nosotros.

“Un trabajador se prende fuego en la calle para protestar por la falta de trabajo y de ayudas”.

“Éste es un país libre. España va bien. El PIB ha crecido”.

¿Dónde está la demagogia: en el acto del obrero o en los enunciados del gobierno?

Hace unas horas me dijo: ¡despedido!, ahora me dice: usted perdone. Cómo cambia la huelga el carácter del patrón.

- Papito, cuéntale a éste señor lo que hacías en la mina –dice el joven.

Sentado junto a mí y con los ojos al frente, pequeños, con párpados como telones a medio caer, con su gorra visera puesta, escrito el nombre de un centro comercial en la frente, con una chaqueta de chándal y las manos en los bolsillos, arrugado el rostro, sonrío con los labios hacia dentro, boca abierta y sin dentadura, empezaba:

- Yo taladraba la roca, hacía agujeros para poner dinamita, la mina era de oro, plata y cobre, y cuando te ibas te pasaban aparato por si llevabas algo que sonase. La gente se llevaba en los oídos, bajo la lengua. Y por qué lo haces, te decían, y llevabas un clavito que se calló en el bolsillo, y yo qué se, decías.
- Pero qué te paso que fuiste a parar a...
- Calla, cojudo, concha tu madre, yo picaba pared y un día tembló el suelo y se hundió la mina. Por debajo pasaba un río y caí al río, y yo nadaba y nadé hasta llegar a EEUU,...

Y sin parar cuenta que allí un japonés, Fujimori, le dijo si sabía arar:

- Sí, y le hice con yunta cuatro filas y me dijo que sí sabía y trabajé un año, plantaba yuca, camote, papa, alcachofa, y el hombre me pago oro, plata, cobre, y así doblé por delante mi poncho y di a mí mujer que estuvo contando un día entero hasta que le cansó y lo dejó y me decía "iconcha tu madre en donde lo has robao!", y yo le decía que no lo he robao que lo he trabajao.
- Y qué hiciste con tanta plata.
- Compré un chanco, hicimos chicharrón y fuimos a la capital mi señora y yo y no gastamos nada de plata, volvimos con la plata y chicharrón, ¡qué rico chicharrón! ¿Tu sabes cómo se hace pachamanca?
- No, qué es eso, cómo se hace.

Sin mirarme, empuja con los dedos la visera para atrás, se recuesta en la silla, y dice:

- No sabes nada.

Y calla. Se pone en pie y anda hacia la puerta que da a un pequeño patio en el que da el sol.

- ¡Asoléate, Papito, asoléate! Siempre cuenta su historia de la mina –me dice el cuidador – ya te contará cómo se hace pachamanca.

Al sol, sentado en el patio de un Centro de día para mayores, se queda el indio, hablando solo, con los labios hacia dentro, en quechua, mirando al cemento que pisa; luego me diría "aquí no hay piedras, ni leña, ni carnero, para hacer pachamanca". Al rato, en silencio pasó por delante, se fue con las manos en los bolsillos de la chaqueta del chándal, la gorra calzada, y la mirada al suelo, lejos de nosotros.

Compré el pescado que llaman "gallo", tres, uno para cada uno. Como el invitado era pescador creímos que le gustaría y los hicimos a la plancha. Olía la cocina, olía la casa, y él sentado en el comedor contaba el viaje en autobús desde tan lejos; pensé que el olor no le había llegado o de tan corriente para él no se percataba, y me pregunté si la comida le iba a dejar indiferente.

Se quedó sólo un momento, pues queríamos esmerarnos en ponerle un cubierto que teníamos de plata, el único, debíamos sacarlo de una cajita bien guardada. Nos había llegado como herencia de no se que antepasado; con voz alegre y afable le llamamos a la mesa.

Tenía 70 años y seguía pescando, "¿de qué puedo vivir si no? "

Con el gallo delante le vimos parpadear mirando al pez. Dudaba ¿el cubierto? ¿el cubierto era demasiado? ¿cómo no se nos había ocurrido ponerle uno corriente, igual que los nuestros? ¿pensaría que queríamos llamar su atención? pensé que se diría que éramos ricos "y los ricos siempre quieren deslumbrar a los pobres". Sentí el calor en las mejillas, ¡vaya imagen! Para tratar de volver a la mayor normalidad posible le dije:

- Aquí cada uno come como le gusta, cómelo como tú quieras.
- Eso está bien –me contestó sonriendo-.

Y como si tal cosa echamos mano a los cubiertos, y él, con el tenedor partió el pescado en dos y cogiendo la parte de la cola se lo llevó a la boca. Un tanto perplejo le vi masticar con esfuerzo triturando la espina central, "pescador", se me cruzó en la mente:

- ¿No le quitas la espina?
- ¿El qué? –dijo masticando- ¡ah!, la espina, no se, es que yo no he comido nunca pescado.
- ¿Cómo? –dijimos a la vez- ¿no eres pescador?
- Sí, claro que sí, pero yo lo cojo y lo vendo para llevar dinero a mí casa, nosotros no podemos comer cosas tan caras.

Entonces, el cubierto de plata fue una idiotez, ¿el pescado?; mientras le pedía perdón de mil maneras y mi mujer le quería enseñar cómo se limpiaba para dejar sólo lo comestible, yo trataba de averiguar qué le gustaba comer, patatas y huevos, filete, chorizo, jamón, ..., nada de eso, y él se sonreía pellizcando el pan mirando al plato y a nosotros, uno y otro, alternativamente, y nos hundía más y más en nuestra propia ignorancia.

De poca altura y flaco. Al verle parece que ninguno le tendría en cuenta. Pero ahí está, agarrando las cajas de cables, tubos, trípodes y focos por las dos asas y llevándolas a pulso hasta la base de la pasarela.

- ¡Enchúfalos al fondo del pasillo!
- ¡Eh!, éste no tiene trípode –dice asombrado yendo tras el jefe que fuma y con los labios en tubo le echa el humo en la cara al verle llegar- se te ha olvidado –y tose- haber que hacemos.
- Chico, te ha tocado. Vas a sujetarlo en alto, y si no ya sabes...- e inclina la cabeza y lleva las pupilas hacia la puerta de la calle.

El flaco baja los ojos y se va derecho al punto de enfoque.

- Al poco de empezar, algunas modelos tuercen su paso en la pasarela, otras se dan la vuelta a la mitad, la gente murmura, y al chico le cae un pescozón por detrás:
- ¡Enfoca bien! ¿no sabes? ¿es que no sabes?, ¡estás dándoles en los ojos! –el jefe le agarra con fuerza el foco y lo pone derecho, como quiere que enfoque- ¡agarra ahí! ¡mierda!.

El chico se apresura a sujetar:

- Lo siento. No hay trípode y pesa mucho.
- ¡Pues te aguantas, porque como no salga bien esto me echan! ¡Agarra ahí, mierda, desgracia, cabrón!

Lo coge otra vez tan fuerte como puede y se pone a enfocar la pasarela.

- Eso es, gilipollas –y le echa en la cara el humo de la última calada del cigarro-.

Nada más irse, el chico dibuja una sonrisa en su rostro flaco, y, mientras mira a las modelos, poco a poco se le van bajando los brazos con el foco, hasta que su fuego, inclinado, cae de lleno en el público del lado derecho.

A sus espaldas viene bramando un toro:

- ¡Me vas a joder la vida! ¡quítate de aquí! ¡Es que no ves! –Las butacas de enfrente se habían vaciado, el público, de pie, apartado, se tapaba los ojos con el programa del acto y gritaban y gesticulaban de forma desabrida contra el enfocador.
- ¡Vete! ¡no te quiero aquí! ¡vete! ¡me has jodido la vida! ¡Desgraciao! ¡Estás despedido! –decía esto haciéndose con el foco y dirigiendo el chorro por la pasarela hasta la entrada de las modelos, que habían suspendido su muestra.

El flaco se dio la vuelta cabizbajo, cruzó las cortinas que cerraban el recinto tapando la cabina en la que estaba el cuadro de luces, y, una vez allí, desenchufó los focos y bajó los interruptores de la luz dejando a oscuras el recinto. Estalló la bomba del griterío y salió tranquilo a la calle.

Cuando fui a cobrar, los de recursos humanos me entregaron el título de mejor empleado del mes. Volví a mi puesto tan contento que me dispuse a superar mi marca. Al poco levanté la cabeza escuchando aplausos y contemplé a otro empleado con el mismo título enseñándolo al resto. Qué sorpresa. Fui a pedir explicaciones, pero no había tal ventanilla, ni la oficina existía. Incrédulo abrí los ojos tanto como pude y vi que estaba en una cadena de producción, cerraba cajas de cartón y les ponía cinta de carroceros. Entonces el encargado me hizo una seña, me levanté, otro ocupó mi sitio. Subiendo a la oficina me hice cuentas, la imaginación se había adelantado en el puesto y en el premio, ahora vendrá eso, me dije. Por segunda vez me había adelantado, me pagaron y me dieron la carta de despido por dormirme.

El chino estaba junto al mostrador pero él llegó por detrás y cogió el café que la camarera puso en la barra. Yo que estaba al lado del chino, inmediatamente pensé "valiente cabrón racista", y dije para que me oyera "sinvergüenza", aunque el otro ya se había metido entre la gente y no me escuchó o no relacionó lo que dije con lo que acababa de hacer. El chino miraba para el frente y me dio la impresión de no entender nada o de tratar de evitar cualquier percance. A saber si tenía papeles. Como de los restantes nadie se inmutó seguí diciendo en voz alta "me dan ganas de marcharme a tomar el café a otra parte". Inmediatamente la camarera con una sonrisa que parecía ignorar lo que había sucedido puso dos cafés. El chino se tomó el suyo de un trago y desapareció mientras yo iba con el mío a una mesa y volvía a coger un baso de agua. Varias mesas más allá desayunaba el racista, levanté los ojos y le miré con inquina, él bebía su taza con parsimonia. Entonces entró un amigo marroquí y le dije señalando al otro "ten cuidado con ese que es un racista". No me podía oír, pero si podía saber que hablaba de él, por eso se me quedó mirando con los ojos entrecerrados.

Yo en previsión hacía por saludar a más gente y hasta a la camarera le dije desde mi mesa, "ojala usaseis el derecho de admisión y pusieseis a los racistas en la calle". La camarera me miraba sonriendo como si estuviese en otro mundo. En la barra hubo un pequeño revuelo entre la gente y se volvieron a mirarme con ojos escrutadores. Aunque no entendí los comentarios, ninguno me pareció que fuese a contrariarme. La ola se calmó y todos volvieron a mirar al frente ocupando su sitio, sólo el racista fijaba sus ojos en mí, manifestando cierto malestar apretando los labios. El caso es que tampoco recibí ninguna palabra de aliento, ningún "tiene usted razón". En aquél momento interpreté que era comprendido, la forma más fácil de evitar decepciones. El último gesto de desprecio que hice al racista fue levantarme y volverme a sentar, pero dándole la espalda. No creía que fuese a levantarse para golpearme o cosa semejante, aunque quién sabe si su mentalidad y su implicación le iban a llevar más lejos de lo que yo había imaginado; podía pensar que yo era una buena pieza, que tenía una buena carrera antifacha emprendida en la juventud antigua. Aunque lo que es cierto es que nunca se acaba de aprender pues, como estaba de espaldas no le vi llegar, me dijo al oído, "no te confundas, no soy racista, es que había pedido el café antes de que llegase el chino, después fui al servicio, y me lo ponía la chica cuando me vio volver".

Se me cortó todo.

Soy prensista. Como otras muchas profesiones tiene su cosa especial. Después de un montón de años se acentúan ciertas molestias y es más probable que las respuestas también. El controlador, sin ir más lejos, es el perro del empresario, y cómo no, de ahí vienen los problemas.

Llegué a mi hora y me puse a preparar la prensa, luz, mandos de mano y pedal, probando. El controlador se plantó a mi lado.

- ¡Dale ya! ¡Dale ya que estás perdiendo mucho tiempo!.

Le miré de reojo y finalmente me senté frente al monstruo que con mi acción iba a aplastar. Me froté las manos para disponerlas, como buen prensista. Como buen prensista nunca he tenido accidente alguno, aunque podía haber sucedido. He conocido a prensistas muy buenos a quienes les ha cogido una mano. Puse en el molde la pieza, una llave sin grabar, y apreté las palancas con las manos y el pedal con el pie. El resultado malo; había movido la llave al retirar mi mano y se había cruzado en el molde.

- ¡Qué has hecho animal! ¡Como hayas roto el molde te denuncio!

Le miré frío, puse otra llave y apreté; como no había quitado la vista de su jeta, la llave volvió a salir doblada. Entonces le tuve que oír insultos a voces que a un prensista en la práctica de su oficio no se le deben dirigir. Cogí una llave, la puse en su mano derecha que la alzaba y la hacía bajar mientras me chillaba, y seguidamente puso la llave en el molde de la prensa, y no le di tiempo a retirarla.

Cuando privatizaron el ferrocarril subieron el precio de los billetes en cantidad que no podía pagar. Yo cogía el tren para ir a la fábrica que estaba poco antes de llegar a la estación, pero sabía que el cobrador pasaba al vagón último en el que yo esperaba cuando faltaban unos centenares de metros para alcanzar la parada. Dejaba que el convoy se aproximase a la fábrica y estando el revisor a la mitad yo saltaba desde la última puerta lateral. Las primeras veces me di algún revolcón en el suelo, pero aprendí a tirarme en marcha y a correr siguiendo el impulso de la caída. Esa habilidad en salto y arranque con fuerza me ayudó después, y mucho, para dejar atrás a la policía que se nos enfrentaba en las manifestaciones.

El capataz siempre pagaba en un bar de otro barrio, a última hora de la tarde. Para llegar allí necesitábamos más de una hora después de salir de la obra.

Me dicen que se sobresaltó cuando le contaron que yo iba para allá con un inspector de trabajo, y sin beberse la caña que le acababa de poner el camarero dejó al otro con la palabra en la boca y salió corriendo. No se paró a pensar que los inspectores no van después de las 3 de la tarde a ningún sitio, y mucho menos iría alguno a aquella hora de dos cifras a un bar de gallinejas fritas, con lo que eso huele, entre las casas bajas de un barrio obrero apartado.

No llegué a tiempo. Como consecuencia de su rápida huida sin pensar en más, yo no cobré, y a él, pistolero de la construcción, nada más cruzar la puerta de la calle y de un salto ponerse en la calzada, lo atropelló un autobús.

Había llegado en una patera. Delante de un escaparate repleto, con las manos perdidas en los bolsillos sintió el mordisco del estómago, sintió la difuminación de su figura en la calle, supo que era y no era invisible a los que pasaban o estaban allí dentro, y que aquello que veía era y no era intocable, pero que si hacía lo que necesitaba, su figura se materializaría y para quienes pasaban a su lado y los de allí dentro, él resultaría un peligro real.

Antes o después llegaría la patera. En el aeropuerto la policía estaba en permanente vigilancia día tras día y noche tras noche. Pero esta vez no llegó nadie, dejaron de venir, de pagar deuda y de comprar lo poco que compraban. ¿Cuál sería la noticia?

Tenía mucha hambre. Llevaban meses sin pagarle y ahora le despedían. La niña estaba tan débil, parecía dormida. Entonces se acercó el buitre. No tenía ningún medio de defensa. Era más vulnerable que nunca. El banquero pidió al juez la orden.

Cada vez que pasaba por aquí me pedía dinero. Yo se lo daba, el era pobre, yo un poco menos. Siempre me lo devuelve. Ha vuelto otra vez, pero no me ha pedido. Me siento mal, quizás no me pida más.

Margarita, la mujer de Rafaelito, me cuenta que a su marío se le ha muerto el hermano. Él, sentado, está como ido, con un silencio que se le parte a cada rato en los ojos. El gordo Rafaelito parece caído y de él mana una fuente salada.

Hemos dejado de barrer hace dos meses y la caja de resistencia abastece con cuenta gotas necesidades urgentes: para que no corten la luz, para los biberones, para las medicinas, y sobre todo comida envasada que nos llega de gentes que se envuelven en nuestro aire.

Rafaelito tiene su hermano muerto en Jerez, le quedan seis meses para jubilarse, a su mujer también, y andan en esta huelga que nos puede dejar en la calle sin paro y sin cotizaciones, sin pan para ahora y sin pan para mañana. 6 meses son los que les faltan para cubrir los 15 años de cotización básica. A los dos, granos de trigo, los han molido durante 50 años pero no les han cotizado. Margarita y Rafaelito empujan con todos.

Y allí vamos los 50 a la caja de zapatos y contamos y recontamos el precio de dos billetes ida y vuelta, otro poco para unas flores y unas comidas, "¡ahí va eso!"

Rafaelito y Margarita están de vuelta y traen un rostro más fuerte que antes de empezar, agradecido, y más de la mitad del dinero, lo de las flores no, y algo por la comida porque allí les dieron y han ido y han vuelto a Jerez en auto-stop. Huelga para ganar y con refuerzos.

30 años, tenía cara de indio amazónico, y vestía el uniforme de la empresa de seguridad todos los días del año de 8 de la mañana a 8 de la tarde. Abría las puertas del edificio y las cerraba él mismo. Allí llegaban los enfermos de alzheimer traídos en furgonetas hasta la misma entrada y ayudados por auxiliares mujeres y hombres.

El indio amazónico zaqueaba para abrir puertas, llamar ascensores, sacar enfermos de aquí o de allá, y pasaba las horas.

Yo había caído allí como recepcionista por 20 días y mi tarea era coger el teléfono y pasar la llamada. El resto del tiempo yo intentaba hablar con él, de ojos achinados, rostro redondo, color moreno, y pelo negro, corto y peinado a raya.

- Cómo te metiste a guardia de seguridad.
- Yo trabajé de todo. Esto es lo más tranquilo.
- Y qué hacías en Perú.
- Estaba en un colmado. No me quería ir, pero mi padre y todos me dijeron que viniese y luego han venido uno a uno. Yo estoy desde hace 8 años.
- Y quiénes son todos.
- Mi papito, mi mamita, y mis dos hermanos.
- Trabajan.
- De guardia de seguridad mi padre y mi hermana, y en el Ejército mis hermanos.

Me imaginaba a éstos como los nuevos guardadores del orden, la institución se rehacía con mercenarios extraídos del viejo imperio.

- Y cómo les va.
- Él en Día, y ella en un Corte Inglés. En El Corte Inglés tienes que estar de pie y sin moverte. Hay muchos que enferman de los riñones y tienen que irse.
- Pero tu hermana y tu padre continúan.
- Si. Ellos no pueden irse.

De manera más o menos regular aparecía por allí alguien preguntando cualquier asunto, con lo que suspendíamos la conversación, una vez resuelto yo volvía:

- Trabajas muchas horas. Cuándo tienes vacaciones.
- No puedo, tengo que pagar hipoteca.
- Tienes que llevar a tu mujer a algún sitio, aunque sea un fin de semana.
- No podemos, hay que ahorrar.

- Pero mira (le enseñaba los anuncios de viajes de un periódico) son muy baratos; llevas muchos años sin salir, todo el día, todos los días, 8 años.
- Sólo queremos saber a cuanto esta el euribor, si sube o baja.
- El euribor, qué es eso. Vive. Algún día te querrás ir a tu tierra y qué vas a contar.
- Si pagamos el crédito y ahorramos, nos volvemos.
- ¿No piensas en ir a ningún sitio? Los hay preciosos, cuesta poco dinero, comer, descansar, relajarse.
- Yo trabajaba en un colmado en Lima, era el único que trabajaba...
-dijo bajando la voz, mirando al frente con la cabeza un tanto agachada- trabajaba en un colmado, de chico... cuando paguemos y ahorremos podremos volver y descansar; yo quiero tener un hotel. Lo único que me interesa es si sube o baja el euribor.
- El euribor... -Iba a decir con desprecio que qué era eso, pero me callé. Miré desde la ventana al cielo y vi que se iba poniendo muy oscuro. Como un relámpago se me pasó por la mente la idea de que con la crisis arreciada bajarían los tipos de interés. Luego pensé que no, que subirían más, "la crisis, no se", me dije. "La crisis -volví a pensar mientras miraba por la ventana al cielo oscurecido- si conservan los tres sus puestos de seguratas y los otros dos de militares, y a lo mejor sus jefes necesitan más, será para ellos un signo de buena suerte."

Habían llevado actores a la Puerta del Sol. Llenaban la Plaza con pelucas, zambombas y confeti. Parecía una fiesta popular. Los locutores desde un balcón gritaban para hacerse oír:

- ¡Van a dar las doce campanadas! ¡primero los cuartos!

...el griterío grabado tapaba parcialmente sus voces cuando la cámara tomó como un montón de globos unidos ascendía hasta tapar el reloj, y allí se quedó detenido. No se veía la hora. Dieron la orden a los extras de que gritasen, soplasen, hiciesen aire para que el racimo se moviese y el griterío subió de decibelios. Unos pocos asistentes fueron mandados al edificio, antes DGS y entonces Comunidad de Madrid, y escaleras arriba salieron a la terraza última tratando de empujar con palos, lanzamientos varios y hasta soplos al bulto enganchado en el reloj. Los extras saltaban coreaban, bebían entre risas. Un día de cobro. En realidad el intento de distracción, fiesta fin de año y locura colectiva, desde antes, muchos días antes, meses antes, iba a fracasar, la gente no ponía la Tv, no iba a la Puerta del Sol, no consumía como gallinas en jaulas bajo una luz.

Aquel gobierno era tan ladrón que entre los trabajadores se oía con frecuencia "¡Canallas!. Aquí lo que hace falta es una revolución".

Nosotros nos reuníamos aquel día, como otros muchos, para ver la manera de hacer algo. No hubo quien nos advirtiese; ante la subida ese día del precio del transporte público, la gente asaltó los autobuses y los trenes, los conductores, los cobradores, y los restantes empleados, según nos dicen, se sumaron a la masa. Nosotros ultimábamos nuevos acuerdos.

Los trabajadores de las fábricas encerraron a los directivos, dejaron piquetes guardando que no salieran, y el resto se fueron sumando al vecindario que entró en el Parlamento y encerraron a los diputados ladrones. Debía estar ocurriendo eso cuando nosotros estábamos firmando.

Entonces el ejército y la policía salieron a las calles y a tiros y bombas contra los manifestantes se abrieron paso entre la multitud, pero la captura de varios generales por los manifestantes hizo que las tropas perdiesen la iniciativa y quedasen a merced de la gente. Nosotros estábamos en la despedida de aquel día de trabajo.

Entonces fue la hora de la aviación, tras los primeros lanzamientos de cohetes y los ametrallamientos a la multitud, los pilotos se encontraron con que en las bases los trabajadores se habían hecho con las cabinas de control, además en las pistas habían cruzado todos los vehículos posibles y, con más sorpresa, los pilotos empezaron a recibir disparos en su aproximación al aeropuerto. Nosotros acordábamos entonces la fecha de la próxima reunión y repasábamos el próximo orden del día, abierto por si se presentase alguna iniciativa.

Entonces debió ser cuando quienes tomaban la dirección en la calle fueron aplaudidos con el anuncio que hicieron de cada medida inmediata y, a última hora proclamaron el gobierno provisional que las llevaría a cabo sin esperar un solo minuto. Nosotros salimos a la calle y no pudimos llegar ni al transporte público, al metro, al autobús, había tal cantidad de gente que no hubo forma de volver a casa.

Todo es previo, por eso la crítica era pública antes de que presentase el manuscrito. Así que corrigió la dirección del libro que iba a ser recibido con elogios.

Escribía buscando con intensidad la palabra, y se desbarrancaba con las líneas escritas. Volvía a escribir y volvía a caer al fondo de la mente, al vacío. Aun así Sísifo prefería la escritura a la piedra.

El escritor, tras varias horas de escarbar en su cabeza, puso: "Hoy nada". Al día siguiente llegó con entusiasmo porque había pensado que le favorecía ser optimista. Tres, cuatro, cinco horas sumergido y finalmente escribió: "Hoy nada". Al tercer día sintió una pizca de desánimo, otra de agotamiento, y antes de que trepase por él la desesperación hincó los codos en la mesa. Hora tras hora se maldijo para acabar apuñalando dos veces el papel con las dos palabras: "Hoy nada". El cuarto día llegó a la orilla de la mesa agotado, perdida toda orientación, y tras leer lo escrito los días anteriores, "Hoy nada", "Hoy Nada", "Hoy nada", empezó a contar la vida de un náufrago que pasó varios días nadando con esperanza y miedo, hasta que agotados sus esfuerzos notó que una corriente y una ola tras otra le llevaron a aquella orilla. Había valido la pena hacer por vivir.

APRENDIZAJE

Todo fue práctica para escribir nuestra teoría. Todo era experiencia y teoría a poner en práctica.

El maestro le dijo al niño: – Recuerda lo que te he enseñado, debes portarte cívicamente. El niño respondió: – Yo lo que quiero es jugar.

¿Qué tendrá que ver el portarse cívicamente con el juego, lo establecido con el descubrimiento, lo encadenado con el pensamiento?

Cuando el intelectual tras compartir con nosotros sus conocimientos declaró de pasada que entre sus contradicciones estaba el haberse alegrado de la caída de las torres gemelas y haber practicado abortos, nadie preguntó, estábamos tan cogidos a él que de habernos soltado un momento para hacerlo nos habríamos matado.

Me he convertido en un "monstruoso insecto" según los sostenedores de la norma. Mi nueva naturaleza me ha dado un punto de vista distinto, ahora veo a los monstruos creadores de la norma.

A Sísifo se le condenaba a cargar con la piedra y llevarla hasta la cima de la montaña. Una vez en lo alto, la piedra se le caía y rodando iba a parar al fondo del barranco. Es así como las gentes nos hemos visto por los siglos de los siglos. He conocido a un hombre que no cargaba la piedra. Le pregunté y me dijo: "No la necesito, voy más lejos".

Dialéctica.

Tenía dos palabras: una del contrario y otra de sí mismo. Después encontró una tercera compuesta de las dos palabras anteriores. Cuando estaba más relajado le vino a la cabeza una cuarta que era la conclusión superadora de aquél experimento, y se dijo con aire de relajarse: "¡Por fin!", y se le cerraban los ojos. Aunque, cuando menos se lo esperaba, empezó a sentir que se le iba poco a poco el sueño hasta verse con los ojos abiertos y con una gran inquietud que le removía dentro y fuera de sí, y es que de su conclusión salían dos palabras nuevas, una del contrario y otra de sí mismo.

Metafísico.

Vendía una barra de pan y otra y otra. La caja vacía rápidamente era sustituida por otra llena de barras de pan, y volvía a vender otra y otra barra de pan. Repetía un día con otro, un mes con otro, un ... , una barra de pan con otra. Sabía cómo se sembraba el trigo, cómo se convertía en harina, en barra de pan, cómo llegaba hasta él y que él las vendía, y decía que las cosas eran así, no le importaba lo que ocurría después.

Idealismo.

-No hay que pensar más en ello. Las cosas están dentro de mi cabeza.
Borro el problema y se terminó.

Con lo que no contaba era con que al salir a la calle le estaban esperando.

- Al ser humano le interesa la causa, la causalidad.
- Hay algunos a los que no les interesa que se sepa la causa.
- Sí, pero a esos les interesa la causa por la que no quieren que los demás sepan la causa.

- Las leyes que rigen nuestro conocimiento vienen dadas por las experiencias de las mayorías.
- Pero entonces ¿por qué la gente trabaja diariamente en contra de las leyes que rigen su conocimiento extraído de su experiencia?
- Creo que la pregunta correcta es ¿quién impone a la gente un trabajo diario en contra de las leyes que rigen su conocimiento extraído de su experiencia?

La mujer de personaje mítico se apoyó en su hijo, lo quiso cuanto pudo, lo protegió y educó con esmero, puso todo el cuidado para que personaje mítico no matase al hijo. El hijo fue viendo cómo era su padre. La última vez que escuchó a su madre llorar y gritar su padre la estaba pateando. No lo pensó y le devolvió a personaje mítico lo que era suyo. Desde entonces personaje mítico pasa ante ellos dos con la cabeza gacha. Alguna vez le oyen murmurar y no tiene ganas de comer y llora. Quien no le conocía pregunta de qué está enfermo.

“Niégate, serás otro”.

Confirmación trágica.

Se negó a sí mismo: “¡No soy nadie!”, y no pasó nada. Se pegó un tiro y tampoco pasó nada. Eso sí, fue otro.

El profesor entró en el aula y recibió una tromba crítica de los alumnos. Dolido bajó de la tarima, entregó su cartera a uno de los presentes y fue a tomar asiento en un pupitre. Entonces se extrañó de la vista que se le ofrecía desde allí: no era más alto que ningún otro, quien estaba en la tarima actuaba como él mismo en sus comienzos, después de la pasión ¿el abandono?, y contempló las miradas que cercaban al otro, las sienes palpitantes, escuchó las palabras pidiendo saber; en horizontal los ojos profundizaban más, mucho más que en vertical.

Arrancaba una naranja y sin haber apartado la vista del fruto vio como en el mismo extremo de la rama salía otra exactamente igual, conforme, proveniente del conjunto del árbol escuchaba una voz que decía: ¡Premio!.

Su última palabra fue "muerto". Se incorporó bajo el sol abriendo los ojos desmesuradamente, y mientras se palpaba la cara miraba interrogativo a su alrededor, parecía recobrar el aliento y decidido echó a correr conforme decía la frase que iba a ser con la que iba a terminar: No estoy ...

Subía por el camino entre el bosque hasta el prado, y, al entrar en el, las vacas parecían alegrarse pues daban sus primeros pasos con cierta ligereza, para a continuación poner su boca sobre el pasto y cortar con ganas la hierba. Una, dos, tres, no teníamos más que tres. Y yo con diez años.

Por el camino a veces te cruzabas con alguien que bajaba, o escuchabas que cortaban madera en lo profundo del bosque; o más frecuente era el tamborileo de la lluvia en el techo verde, y era verano.

En el otoño la capa se haría amarilla, roja, marrón, y caería para que los árboles durmiesen. Entonces, los lobos no estarían tan tranquilos.

Allí, en lo alto, en el prado, yo me quedaba cerca de la entrada que había tenido una empalizada cerrando y que el tiempo la dejó en el suelo. En el otro extremo, donde ni las vacas ni yo nos acercábamos, había una camada de lobos. La montaña se alzaba rocosa y cubierta de maleza en ese punto, y los veíamos echados, sentados sobre los cuartos traseros, correteando los más jóvenes,... mirándonos serenos. Nunca se nos acercaron. A veces cruzaban el prado por arriba, a la carrera todos juntos, y se perdían entre la vegetación. Nunca nos hicieron daño. No somos iguales.

Transcurrida la mañana yo había tenido tiempo de fijarme en ellos, de buscar caracoles que echaba en una saqueta, las castañas aún permanecían en su funda espinada, y hasta de encontrar un puerco espín que metía su hociquillo rosado entre sus patas traseras, y hecho una bola de agujas lo puse a mi lado para observarlo antes de marcharnos camino abajo las tres vacas y yo. Alguno de los lobos jóvenes se puso en pie a ver cómo las dirigía a la salida y cogíamos el camino.

La bajada en piedras arrancadas por el agua a la tierra, era de tropiezos, de escurrimientos, de patadas en charcos, las piedras desnivelaban el paso dejando barrizales y surcos de agua que discurría agitada, saltando de una en otra y desbordándolas, hasta que a veces desclavaba alguna y la hacía bajar dando golpes con otras que hacían el ruido de un fuerte cabezazo, y caía otra vez a base de tumbos como lo haría el cuerpo de un muerto.

Al pie de la montaña, un río divisionario con la vida de la gente, alimentado con la caída de la vertiente del bosque y la que se arrastraba por una pequeña inclinación del valle.

Al llegar a la aldea encontré, como otras veces, a un hombre con un carromato que iba vendiendo pescado. Yo no tengo en el recuerdo haber comido pescado por aquel entonces, sin embargo sí recuerdo haberle encontrado allí, cuando yo bajaba del monte con las vacas, y recuerdo algo que me estalló en la conciencia, algo que dijo mi abuela aquel día; yo vi cómo se marchaba el pescadero en su motocarro por el caminito, iría como era de preveer a otra aldea, y a otra y a otra, iba vendiendo lo que traía de otro mundo, ¿y qué pasaba por la cabeza del pescador?.

Yo, a veces, me sorprendía pensando en la lluvia, en el bosque, en el puerco espín, en las mismas vacas, en los lobos, ¿qué pensaban los lobos mientras nos miraban allá en lo alto de la montaña?.

Y recuerdo aquel día que se marchaba el pescadero con su motocarro haciendo un ruido monótono de tubería con aire, yo llegaba en ese momento con las vacas, con barro, satisfechas por haber pastado y yo satisfecho por haber hecho el trabajo. Tras dejarlas en el corral y ponerles hierva en el pesebre, me quité las madreñas a la puerta de casa y entre, ante la mesa de la cocina estaba mi abuela de pie examinando lo que tenía en una mano, lo que había comprado al pescadero, cuando la oí decir con su voz enflaquecida y un tono revelador de sorpresa y decepción:

- ¡Me ha engañado! ¡me ha engañado!.

Recuerdo que me quedé junto a ella y vi que tenía su cara desencajada, y sentí por dentro pena, decepción, disgusto, aunque no sabía que quería decir exactamente mi abuela, y al poco me llevó un impulso por salir al camino y coger una piedra y tirarla por donde se había ido aquél, aunque no se si también por irme al prado de la montaña a ver como se defendían los lobos.

La nieve caía como nunca se había visto, cubría el bosque y el camino. Con mucho frío alcanzaron el invernadero y se metieron, dos vacas, el ternero y el niño pastor que les puso hierva seca en los pesebres, cerró los ventanucos para impedir la entrada del viento que empezaba a oírse silbar, y con la poca luz que pasaba entre las maderas con que se había construido el refugio, se guió a tientas hasta la escalera que le llevó al pajar, se dejó caer entre la mucha hierva almacenada y se cubrió con ella. El viento parecía acuchillar por las rendijas. El cielo antes oscuro se había ido a la noche, y durmieron. Cuando el niño se despertó no se veía nada ni por las rendijas, y se encontró sudando. Salió de entre la hierva y a gatas buscó la escalera; en algún momento se palpó la cara, se estrujó los ojos, dudaba si soñaba o no pues entretanto parecía notar que le faltaba el aire, el encuentro con el borde de la escalera le devolvió el saber que estaba despierto y se asustó, ahora sí, por no ver. Se pasó las manos por los ojos; se preguntaba repetidamente con un palpito en los labios "¿qué me pasa?". Con la precaución del miedo bajó escalón a escalón, parándose entre uno y otro hasta poner sus pequeños pies en tierra, y sin separarse de la escalera escuchó una respiración profunda y agitada que le hizo encogerse por dentro, y después de un momento sin moverse, anduvo despacio, tendiendo las manos en busca de referencia alguna, hasta que tocó una vaca, la palpó y comprobó que estaba empapada. Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, y poco a poco fue distinguiendo a los animales que permanecían con la boca entreabierta y la lengua fuera, respirando cansina y profundamente. A él también le faltaba el aire, y si al principio el miedo le paralizaba, después el miedo le empujó a la puerta del invernadero que apenas distinguía queriendo saber qué estaba pasando. Le costaba abrirla, una fuerza extraña se lo impedía, la había encajado. Cuando lo consiguió, su sorpresa, que sintió como un amenazante relámpago interior, en un primer momento le paralizó, sus manos palparon lo que tenía delante, un bloque de nieve. Era lo que empujaba contra la puerta y se había metido por las rendijas de los cuatro lados, y taponaba la salida de arriba hasta abajo. Delante de aquel muro se le hundió en el pecho un rayo de miedo y notó aún más la falta de aire. Hecho un manojo de nervios, sin darse tiempo a pensar se lanzó a los dos ventanucos de madera y levantó las dos pequeñas maderas que hacían de cierre, y los golpeó con las manos para que se despegasen, hasta que se movieron y los retiró para encontrarse con dos ojos que filtraban algo del blanco de la nieve en medio de la oscuridad. La nieve había enterrado la pequeña cabaña. Ni aire ni luz, era el fin para todos. Dio un paso atrás y tropezó con el ternero, que parecía desfallecer, la cabeza baja, la boca abierta y la lengua fuera como si estuviese agotado, y el niño, sin saber lo que le pasaba, se abrazó a su cuello en el momento en que entrevió, apoyada en la pared, junto a la puerta, una pala con la que se quitaban los desechos de las vacas, y como si lo hubiese visto hacer fue a por ella y en dos zancadas se puso frente a la pared de nieve. Los primeros golpes que dio fueron torpes, pero al poco había conseguido hacer un hueco. Descansó unos segundos y se lanzó de nuevo contra la pared que aún no llegaba a ser hielo, hincaba una, y dos, y tres, y cuatro... en ella la

herramienta. Desprendía su carne casi a cucharadas, un pedazo tras otro. Ya tenía un pequeño túnel, más bajo que él, pero veía y sentía su avance, y aunque le faltaban las fuerzas por momentos no cejaba en su esperanza. Llegó al punto en que ya no tuvo más remedio que retirarse a descansar, sentado al principio de la pequeña cueva cogió un puñado de nieve y se lo llevó a la boca apagando la sed, aunque sentía el sudor como una amenaza de la escasez de oxígeno. Y debió hacer un esfuerzo claro para levantarse y coger la pala de nuevo y meterse en el hueco. Sin apenas fuerzas dio lo que podía como su último golpe, entonces cerró los ojos y vio blanco y se dejó trasportar, o no sabía si aplastar, por una fuerza que le era irreconocible a la vez que sintió estremecer sus pulmones. La última capa de nieve le había caído encima dando entrada a una luz radiante de aire fresco que, como en tromba, inundó la estancia y les permitió respirar, profundamente, a las vacas y a la ternera; en su alegría, berrearon y sacudieron todo su cuerpo, y él tardó más en darse cuenta de lo que había pasado. Solo entonces, recibiendo las primeras lágrimas, luchando por la serenidad dentro de sí, se quitó la nieve de encima de la cabeza y el pecho, se incorporó de medio cuerpo, y por el agujero que abrió a la vida sacó la cabeza.

La cabeza se le llenó de ideas diferentes, preocupantes. Escuchó la televisión y empezaron a írsele las ideas por aquel desagüe hipnótico. Y comenzó a regurgitar, a rumiar, a repetir.

La distancia con unos y otros, y la edad, te dejan en medio del silencio. Al tipo medio del mundo civilizado le han sustraído la palabra.

Opté por irme todos los días a la biblioteca porque por lo menos allí estaba justificado el vacío.

En el ascensor, en la calle, en los bares, no hay más que mudos. Llegué a intentar chocarme con cualquiera; quise acercarme demasiado a una mujer en los grandes almacenes; me lancé a pasar el primero por las puertas; me senté en bancos dónde ya había alguien; todos, todas, se retiraban con brusquedad más o menos manifiesta y en silencio, miraban enfrentándose, con recelo, o disimuladamente.

En el último minuto, la puerta de la sala de lectura se abre, asoma la cabeza el guardia y dice "vayan saliendo que vamos a cerrar".

Muy de tarde en tarde iba a ver a mi madre a 500 kilómetros. Cuando me disponía para volver se empeñaba en llenarme de manzanas los bolsillos de la chaqueta y la bolsa. Ella no venía nunca, decía que se perdía en la ciudad. Sí, vino una vez que tuve un accidente en la fábrica y me trajo un cajón de manzanas. Pasó un mes entero haciendo todo lo que yo necesitaba. Le dije que mejor me había ido al hospital, que lo tenía gratis y así le había ahorrado el viaje y se echó a llorar. Rectifiqué inmediatamente, "no, me has entendido mal", y entonces reanudo con más interés su trabajo de madre. A partir de aquel momento evito cualquier palabra o frase que pudiese interpretarse como que hago de menos su labor. Empleo términos suaves y aduladores, "todo está magnífico" y cosas así. Pero en vez de relajarla parece estimularla. He vuelto a la fábrica y llevo ya un tiempo oyéndola decir que con tantas horas fuera lo tengo todo manga por hombro y que no se va a ir cuando más la necesito. Me comporto como un cerdo, es verdad ¿No es bueno para ella?

Las alimañas, escondidas de sus perseguidores, avisadas por la contraseña, cruzaban los campos cubiertos de nieve y llegaban con sigilo a la casa. En medio de la noche helada, conteniéndose, esperaban a estar seguras para llamar a la puerta rascándola. Yo abría y sus ojos brillantes me saludaban, y al lado de la chimenea nos tumbábamos a quitarnos el frío mientras contemplábamos el fuego. Después nos sentábamos a la mesa, entonces si que había fiesta, palabras como ¡a comer! ¡a comer! Y risas y aullidos acompañaban al vino que se vertía en los vasos y a las piezas que echábamos en los platos, hortalizas como patatas, nabos, zanahorias, asado todo, así como la carne desnuda de ropas, corrajes y botas.

Vaya manera, el otro profesor me llama para decirme que le sustituya, que no puede ir. Aparezco en la clase y pido excusas "le es imposible", pero añado que por esta vez seré yo, nunca como él, pues su estilo es ejemplar, canto alabanzas a su versatilidad, los alumnos fijan sus ojos en mí y adelantan sus cuerpos sobre las mesas, yo al verme taladrado me pongo nervioso y confundo las palabras, la lección, y vuelvo a hablar de las bondades del compañero, les hablo de las desgracias que todos sufrimos y cómo difícilmente nos reponemos, pero subrayo no es su caso, cuántos aprobados, cuántos agradecidos a él. Entonces llega un alumno retrasado de hora trayendo la noticia de que no está enfermo ni ha sufrido desgracia, si no que ha abierto su negocio poco más allá. De una sola vez se escucha el ruido de levantarse y coger sus carteras. Todos se van.

Nunca había viajado tanto. Le dieron "boleto" para el otro mundo. Cuando el policía fue a preguntar por él irónicamente, apareció. Del susto, el policía se fue al otro barrio. El gemelo llamó a una ambulancia.

El mago Alí Babá estaba probando cuando dijo: " – Ábrete Sésamo", y se abrió la cueva. A continuación dijo: " – Ábrete cueva", y se abrió la semilla. Le gustó la definición que se desprendía y lo dejó así. Sin embargo la explicación que da el diccionario sobre "cueva" y "sésamo" contradicen a Ali Babá.Cuál es más fantástica.

Después de un año.

-Yo repetiría ¿y tu?

Dijo sí, muy emocionadamente, y entonces la vivencia de cada uno y el reloj fueron hacia atrás.

FAMILIA

Cuando concibió la idea del padre que tenía, se percató de que todo aquello a lo que llevaba ya estaba hecho.

Niño, púber, maduro, trabajo, coche, novia, casorio, hijos, jubilación y muerte. Como atendía tanto para hacer el camino derecho no le daba tiempo a pensar.

Me escribieron en una carta que me hacían padrino del niño, y yo contesté que bueno, que como ellos quisiesen, pero que no podía ir por no tener dinero.

Vaya un padrino. Pasaba el tiempo e iban diciéndome por carta que el niño crecía, jugaba, decía mi nombre, comía de todo, ...pero yo no reunía para el viaje.

Más adelante que el niño había cumplido, que andaba sólo, que hablaba muy bien. Todo mi esfuerzo no conseguía reunir el precio de un billete, aunque les escribía preguntando por él.

Y el niño fue haciéndose mayor, 2 años y yo sin ir a verle.

Entonces llegó la carta en la que alguien, no reconocí la letra arrastrada y rota, había escrito mi nombre y dirección para hacerme saber que el tiempo de aquél niño había volado, "...ha muerto ahogado en una acequia". "¡ El billete!", balbuceé abrasado de horror y vergüenza.

Me atreví porque en mi cabeza bullía una discusión entre lo que era justo y no era, y la seguía desde esa distancia a la que se llama inocencia. Y me dejé llevar por mi juicio.

En el cajetín al que iba a dar el cable del teléfono enganché otro cable y dispuse en el extremo de éste un audífono que había sacado de un teléfono público. Yo oía por él con ruidos cuando hablaban. Los amantes advirtieron que la línea estaba mal, aunque no tanto como para no escucharse mutuamente.

Cuando ya les había oído en varias ocasiones la hora y el lugar de su cita, una tarde que se fue mi padre, llamé a mis hermanos y a mi madre y les conté cómo lo supe, pidiéndoles que fuésemos a sorprenderlos. Primero silencio, pero el silencio fue una presión que no les dejó negarse. Y mi madre, al ver a sus cuatro hijos reunidos que la apoyaban, lloró y dio las gracias entrecortadamente, durante un momento apretó las manos que se extendieron hacia ella.

Cayendo la tarde salíamos en su busca, y yo animaba a dar la sorpresa y terminar la hipocresía.

Al llegar las farolas ya estaban encendidas, como si nos indicasen alumbraban su coche, detrás del Museo del Ejército, y golpeamos las ventanillas. La respuesta de ira fulminó el primer arrojó de mis hermanos. Él, que en el primer segundo pareció sorprenderse, abrió la puerta y salió amenazando con dar una paliza a todos y cada uno y, bajo sus gritos, sólo yo respondí gritándole más, y me despreció. La mujer miraba desde dentro del coche sin pena ni gloria.

Volvimos en silencio, lo percibía como un mal augurio.

Cuando llegó al rato, se metió en su despacho y fue llamando uno a uno a mi hermano y mis dos hermanas; de allí salían para luego encerrarse en sus habitaciones sin hablarnos ni a mi madre ni a mí.

Terminada la ronda abrió la puerta de su despacho y golpeando la mía y gritando mi nombre con un improperio tiró a mi cuarto el cable con el audífono.

Al día siguiente se fueron los cuatro. Mis hermanas y mi hermano volvieron con ropas nuevas, dejaron sus bolsas y se marcharon hablando entre ellos de dónde habían quedado con él a comer.

Mi madre se contrajo, el mundo de su creación había ido enmudeciendo y se alejó de ella desde el primer momento; yo le hablaba, pero no entendía, y meses después acabó de morir esquelética y triste, completamente perdida entre pena y confusión.

Por lo que a mí respecta, aún hoy me impulsa la necesidad tan peligrosa de entregarme a todo lo que alcance con la valerosa inocencia.

Yo vestía con la ropa que mi padre desechaba. Tenía 12, 14 años. Una gabardina con las mangas recogidas en dobleces, como las piernas de los pantalones que llevaba sujetos con una correa gastada, con agujeros hechos a cuchillo para que me los sujetase, y siempre a punto de romperse la pieza metálica de cierre:

era flaco como una raspa, tuberculoso, de ojos profundos, pero ya no quiero acordarme de por qué todo aquello. ¡Oh, no!. Mejor será no olvidar el por qué, y mejor aún saber quiénes lo hacen, todavía mejor. Vestir los pantalones y la gabardina vieja de ..., mejor saber, decirlo, enseñar con ello, así no ganarán "la partida de una memoria a la que no le interesa resignarse" (1) y no quiere prescindir de su infancia.

1: Luis Mateo Díez: "La gloria de los niños".

"No puedo estudiar. Tengo frío en la cabeza".

Como yo estaba de pie le miré, no tenía pelo, no tenía corteza, le vi el cerebro.

Le pegó un tortazo sin percatarse de que el significado de ese acto, desprecio, podía volverse en su contra cincuenta años más tarde. Pero su hijo lo pensó mejor: " ¿por qué esperar cincuenta años? "

Nunca presté atención al dicho: "llegará el día en el que los chinos sean los dueños del mundo". Hasta que en un restaurante chino pedí de manera irónica una naranja de la china. El camarero me trajo una naranja, y a mi observación: " - Pero ésta naranja es de Valencia", él me dejó caer una mirada fija, profunda y dominante mientras sonreía, no sonreía, como Monalisa.

Lo que no perdonaba a su madre es que no diesen vueltas las tuerquecitas de los pendientes al querer quitárselos, y en el hospital, ahora que el médico iba a venir a darle el pésame, podían verla con las orejas en la mano.

- Circe tenía cierto atractivo, vamos más que "cierto", más, mucho más. Por eso pedí que me atasen.
- ¿Y? –dijo ella.

Silencio.

Entonces Penélope levantó la frazada de lana que había tejido, contó los puntos hacia atrás y pareció sorprenderse:

- ¡Vaya! ¡Me he confundido!

Y tiró del hilo para recuperarlo conforme se deshacía Ulises hasta no quedar nada.

Hay veces que volver a los sitios parece un desierto. Él hizo el viaje exaltado por las sensaciones, oyendo las voces de su hermano y sus dos amigos de la infancia, sintiéndose seguro y crecer de felicidad. Cuando llegó al pueblo más próximo atardecía y contempló desde el saliente de la plaza el profundo valle emboscado. Sin perder tiempo cogió el camino con buen paso. Bajaba y la niebla espesa, humedad y frío, hizo que le brotase de los pies a la cabeza un reflejo antiguo de sus temblores bajo las mantas que no sabía verbalizar. No quería detenerse ante el resurgimiento del pasado y corría bajo los árboles, saltando de piedra en piedra para no caer en el barro. Llegó cuando ya oscurecía hasta las tres casas abandonadas. El bosque feraz se había echado encima de ellas, la maleza arañaba las paredes, las trepaba y se metía por tejados y ventanas. Sacó una vela y en su luz recogió ramas muertas e hizo un pequeño fuego en el suelo de la casita sin divisiones donde había crecido. La noche era de grullas, búhos, sapos, y los recuerdos hurgándole. De las tinieblas volvieron a él imágenes y voces, y aquella sensación eterna de hambre después de comer el poco de pan, otro día un huevo, una manzana, y el estado de urgencia interior que creaba la continua búsqueda de leña, de moras, avellanas, castañas, nueces, patatas, las vacas, el ordeño, la matanza de los perrillos porque no se les podía alimentar, dejarlos vivos daría lugar a que se escapasen y fuesen peligrosos, el trabajo esclavo de sus padres en la siega, el agua cayendo entre las tejas, los otros dos niños de la aldea con sabañones, los tres flacos, la tuberculosis. El mundo aquel vivía aun allí.

A la más pequeña luz en el cielo, desanduvo con rabiosa tristeza, atrás quedaba lo hondo y lo oscuro; él corría como si borrarse a manotazos el recuerdo hasta reducir su existencia.

- ¿De verdad eres mi padre? Sí, estoy loco por saber de ti. Nos vemos en media hora, lo que tardo en llegar. Y colgó mientras pensaba "50 años sin verte, 50 años, 50. ¡Qué horror!".

Se afeitó la barba y se dejó perilla, cambió su peinado a raya echando el pelo hacia atrás alisándolo con agua, se puso un traje y corbata que compró hacía decenas de años para un bautizo y cogió el abrigo y los zapatos de aquella ocasión. Así bajó a la calle y aunque saludo a algún conocido éste no le respondió. De camino a casa de su padre entró en una armería.

Un perrillo viejo sentado sobre sus cuartos traseros va en el asiento del copiloto. Mira por la ventana delantera con los ojos de su vida casi agotada. El conductor, en silencio, encogido, traga saliva y fuerza su mirada hacia delante. Los dos ven consumirse el camino y agachan la cabeza. Los baches bambolean el automóvil y echan al perrillo sobre el costado del hombre. Éste lo separa con la mano y la deja suspendida en el aire, aprieta los labios, parpadea.

El perrillo vuelto a su posición inicial se sostiene, y el hombre, de nuevo, se agarra al volante con más fuerza. Parecen tristes, ¿qué les ocurre? Cerca se ve una casa, en la valla que la rodea está escrito: "Veterinario". Una vez allí, la distancia física entre el perrillo y el amo será un poco mayor. El perrillo le mira cuando habla con el veterinario, da pequeños aullidos, tiembla. Le suben a una mesa y le tumban, no se resiste. Otro hombre prepara una inyección. El dueño se tapa los ojos con una mano. En la otra, que ha puesto sobre la cabeza del perrillo, siente su lengua que apura un último beso.

El hombre vuelve en el coche y va llorando. Los baches le sacuden con furia, le zarandean; él siente que le culpan. Un quejido le rompe en la garganta, se le arruga el rostro y llora con todas sus fuerzas, con rabia. Detiene el coche en medio de aquel llano frío que se extiende, que no le oculta de nadie, y se echa las manos a la cara para seguir llorando. La vuelta tiene una herida no sufrida hasta entonces, un dolor que le hace insultarse, decirse los peores agravios. Quizás por haber tenido aquella ocasión, aquel momento en que sintió que el perrillo le lamía su mano, ahora quiere hacer el camino de vuelta tan rápido como... El animal lame cálidamente las manos y la cara de su amo, para calmarle, que no sufra, que él no sufra.

Mi tía abuela me llevaba desde muy pequeño al prado de montaña, íbamos con el ganado a que paciese, y allí vi al águila por primera vez. Daba vueltas y vueltas en el aire y graznaba, y se tiraba en picado para rozar la hierba y remontar llevándose entre sus garras una serpiente. Pregunté a mi tía abuela por qué hacía eso el águila, y la oí susurrar "te has salvado"; y acariciando mi cabeza y abrazándome me dijo al oído: "tienes que pensar en ser feliz".

Subíamos diariamente al prado aquél con el ganado y un día tras otro sucedía lo mismo, y mi tía abuela en esos momentos llamaba mi atención con cualquier cosa: me enseñaba un puerco espín que poco antes ella había cogido y hacía que me fijase en como se encerraba en sí mismo para defenderse con sus púas, me mostraba las ramificaciones nerviosas de la hoja de un árbol a las que ella denominaba caminos, y con su navaja partía por el corazón una manzana tentadora, grande y roja como sangre, me besaba los párpados y siempre me decía: "mi pequeño ¿qué puedo hacer por ti? Deja el águila, tienes que pensar en ser feliz", pero yo, en cuanto podía, levantaba los ojos al águila.

Una vez vino por la aldea un estudiante y le conté lo que veía allí arriba en el prado un día tras otro. Encogió los ojos y pude notar mi diminuta estatura frente a él, y antes de marcharse puso una mano sobre mi cabeza.

Pasó mucho tiempo, y yo continué subiendo sólo al prado con los animales. El águila sabía del cambio en mis circunstancias, pues se me acercaba cada día más, y yo me veía en su pupila muy pequeño y envejecido. En todos los rincones de la casa oía la voz de mi tía abuela que me decía "tienes que pensar en ser feliz", pero nunca tuvimos otro prado, no tuve otro, que me permitiese alejarme del águila, y yo miraba el águila.

Ella me veía pequeño. Ayer clavó sus garras en un corderillo que tenía a mi lado, y me vi brillar en sus ojos de cristal.

Su siguiente paso es venir a por mí. Esta noche en la cabeza me han dado vueltas constantemente las palabras de mi tía: "tienes que pensar en ser feliz", y no he dormido. Antes de ver amanecer he subido con los animales al monte tan deprisa como me ha sido posible. Iba por el único sendero y las palabras de mi tía abuela me agarraban fuerte la cabeza conforme me veía brillando en la pupila del águila. Entonces he sacado la navaja, la he abierto, la he empuñado fuerte, y también ella ha brillado en mi pupila. Al llegar arranqué una hoja de un árbol junto al que pasé, por el lado que la miré me di cuenta de que sólo se veía el nervio central, un único camino, el corazón se me hinchó conforme recordaba lo que hacía mi tía abuela con la manzana. Me he puesto en el mismo lugar de todos los días.

Una vez que él no está, la mujer recuerda sus ojos quemantes mientras contaba lo que tanto le había dolido, le dijo que se había vuelto a casa porque iba a llorar de rabia delante de todos y no quería hacerlo.

- Acabo de ver a una niña de 15 años, no más, extendiendo las manos: "una limosna", y a dos guardias que la cogieron cada uno de un brazo. Ella, que se había visto sorprendida no hizo por soltarse, pero su rostro expresaba acorralamiento, y yo me puse en medio, con los brazos abiertos cerrando el paso. Los guardias se quedaron parados sin entender:
- - ¡Soltadla! –gritaba yo- ¡Soltadla de una vez! ¡Aquí no se detiene al que tiene hambre! ¡iros a esposar a vuestros reyes! ¡a esos que se van con el dinero de todos!

La gente los rodeo en un momento, y los guardias sin la autoridad aprendida, con la vanidad huyéndoles por los ojos de rencor acobardado, soltaron a la niña y se escurrieron entre los concurrentes. Y él, recuerda la mujer, le ofreció su casa, y otra persona le abrió las manos y le puso lo que llevaba en los bolsillos, y entre todos los que se iban juntando había voces contra los guardias, y juntas esas personas la llevaban acordando con quien iba a estar, en qué iban a colaborar todos, y cuál debía ser el fin que procurasen para ella.

La mujer piensa por qué no la ha traído él a casa, dónde está la niña, con quién, qué les toca hacer a ellos.

¿Qué debía contestar? Había contemplado ante mi ventanilla de portero cómo una mujer decía a su madre con tono lastimoso:

- ¡Mamá, no tenemos dinero, es caro para nosotras!

Y la madre insistía:

- ¡Lo necesitas! ¡te hace falta! –y hablándola con apasionamiento- ¡el curso empieza, nos quitaremos de lo que sea!

Y la mujer la cogió por un brazo y la llevaba a la puerta de la calle mientras la oía decir con voz que se debilitaba:

- Lo pensaremos, déjalo, ya lo pensaremos.

Pero entonces batió la puerta de un empujón aquél otro que venía gritando:

- ¡No puedo más! ¡estoy harto! –y se vino frente a mí y por la ventanilla se coló su voz- ¿qué voy a hacer? – y lo repetía alzando los brazos como si orase.

En aquel barrio pobre podía ser un desesperado que ahogándose en la miseria se tira a la calle clamando su dolor sin saber pedir un socorro, o un loco en su griterío, o un golfo escandalizando. Todo en él era pobre, sus ropas sucias, raídas, largas, sus manos y su cara con arañazos, su barba y su pelo hechos engrudos:

- ¡No puedo más! ¡estoy harto! –y rajaba el aire y los oídos, desgarraba las palabras.

Saqué mi mano por la ventanilla, se la ofrecí mientras le miraba con los ojos en un suspiro, y él, primero se cayó, la miró con extrañeza, y luego, tras una expresión de sorpresa en todo su cuerpo, se acercó a ella, la cogió entre sus manos, y se la llevó a su pecho y le noté el palpitar acelerado; así estuvo un rato, con mi mano en su pecho, aquellos golpes se le fueron calmando, hasta que me sonrió como si se hubiese recobrado de un mal sueño, y diciendo, muy bajo, “gracias”, soltó mi mano y se fue.

Sonaba el teléfono y preguntaban por alguien que se llamaba como yo, pero no era yo. La primera vez le dije que sí y quedamos para vernos. Allí, después de un rato, le aclaré que no era yo. Me miró como si no le afectase lo dicho, de frente a los ojos, y me aseveró con entereza y broma:

- Deja de decir tonterías y te ira mejor.

Entonces me recorrió el cuerpo un aire frío. Acorté cuanto pude el encuentro con silencio y me fui a pasar la tarde a un cine para que no me ocupase la cabeza el estado de tensión en el que me habían metido las palabras de aquél. Llegué a casa de noche, cuando sonaba el teléfono y el mismo hombre se dirigió al aparato y lo cogió. Me quedé anonadado, ¿qué hacía allí?. Entonces le escuché decirme:

- Preguntan por ti -y me acercó el auricular; me había quedado mirando, inmóvil y boquiabierto, cuando le oí decir con premura- ¡habla que esperan!.
- ¿Diga?- y escuché la misma voz pronunciando mi nombre y apellidos pidiéndome cita en el mismo sitio que había quedado con el primero, que, sentado en un sillón echó el torso para adelante y me miró entrecerrando los ojos, y entonces le escuché decirme con voz severa, mirada de cuchillo y torcedura de boca que quería dar asco y daba verdadero asco.
- ¿Que no eres tu?. Deja de decir tonterías y te irá mejor.

Eran las mismas palabras dichas con la misma entonación que la primera vez. Me tembló la voz como un diapasón:

- Si, como no, ahora voy.

Y fue la segunda vez, y la tercera, y la cuarta,... Me preocupa pensar qué voy a hacer, aunque también es cierto que con el tiempo voy aceptando mejor el dominio, y echo a andar con astucia y aplomo. Pero veremos a ver que depara el futuro, pues lo que antes era comodidad ahora es estrechez, y se enfrentan unos con otros, mucho, cada vez más, y de ellos mismos espero la justicia que va a conllevar el arreglo de cuentas conmigo al sentirse perjudicados por aceptar hasta no haber. Ese momento puede resultar aún más perjudicial para mí.

Acababa de hacerse de noche cuando iba conduciendo por una calle en cuesta rodeada de los jardines del Parque del Oeste de Madrid. A pocos metros vi andando por la acera a un anciano de traje del que sabía que vivía muy cerca. Paré a su lado y le ofrecí subir al coche para llevarle hasta lo alto. Se volvió hacia mí y cambió en su cara el gesto altivo por el de un anciano amable y agradecido. Le abrí la puerta del copiloto, y mientras pasaba por delante del coche para alcanzarla yo noté que a mi pie en el acelerador le llegaba una fuerza enorme que me resultó difícil contener y apaciguar, por eso me mordí con fuerza el labio superior. Recordé entonces que ese mismo gesto se lo había visto hacer durante mi infancia a aquél ahora viejo, y la sola aparición de semejante imagen me llevó a deshacerlo. Entonces escuché la puerta cerrándose y a él diciéndome "Buenas tardes, joven, que amable es usted. Arranque, en marcha". Esa mezcla de buenas maneras con mandatos imperativos me provocó una involución definitiva. No se muy bien qué motivo, expresamente, me llevó a parar cuando le vi, tampoco qué me hizo invitarle a subir al coche, ni por qué mi pie derecho sobre el acelerador se tensionó tanto al verle delante, pero sí se por qué al oír el cierre de la puerta y escucharle saqué una voz agria, rota y amenazante, para decirle "dame lo que lleves encima, ila pasta!, iel dinero!, ila cartera!, iso cabrón!"; y con una sola mano, la derecha, le agarré de las dos solapas de la chaqueta y de un tirón me le acerque a la cara. Le vi el rostro flaco, descompuestos los ojos, colgando la mandíbula, la dentadura, siempre tan cuidada, encima del labio el bigote estrecho, el escaso pelo sobre el cráneo, casi calavera, repeinado, y una vez pasada la primera impresión le volví a ver los ojos de siempre tan agudos, tan de carroñero, tan de zorro, sí abiertos con desmesura pero no desorbitados, lo que me hizo pensar que no tenía miedo, el miedo que quería hacerme creer. Y le oí rogar con voz entrecortada y débil, más tarde pensé si no sería impostada, "por favor, pero qué quiere de mi, soy un pobre anciano, no tengo nada, no tengo nada, no tengo nada". Oírle aquello me provocó un ataque de ira y a punto estuve de golpearle con la otra mano que, alzándola, cerré el puño y me faltó poco para estrellárselo, sin embargo la abrí y se la estampé en la boca apretando por un momento. Entonces acerqué mi cara a la suya y, fijos sus ojos en los míos, los suyos fueron cambiando de expresión, sus dos pupilas como puntas de clavos se hicieron grandes como si hubiesen entrado en la oscuridad, se transformó, adquirió una expresión de asombro, y bajó los párpados como quien es invadido por la ¿vergüenza?, no seáis benevolentes, no os dejéis engañar, no era vergüenza, se encogió hasta meter media cara bajo las solapas que yo le tenía agarradas con la otra mano, lo hacía buscando causarme algún efecto, y noté bajo mi mano estampada en su cara cómo hacía temblar sus labios, y llevó sus manos a las mías, sus manos que yo he recordado siempre como garras, y tuve la convicción de que no era vergüenza lo que sentía, en ese momento era temor, era miedo. No le dí tiempo a más, le apreté con fuerza la cara congestionada y le pegué un nuevo tirón de las solapas mientras le decía con voz rota como si fuese aguardentosa, de dónde me saldría, "vete antes de que te registre, porque como te encuentre algo... ite mato!; sabes

quién soy ¿verdad?”. Aflojé mis manos, y él, agitado, tembloroso, echó para atrás de prisa, buscó la manivela de la puerta, tardó unos segundos en encontrarla debido a los nervios, y la abrió mientras daba suspiros y se entrecortaba al respirar, mirando a la puerta y mirándome a mí alternativamente; salió a la calzada trastabilleando, yo alcancé el tirador de la puerta y la cerré de un golpe, y metí el pie al acelerador, a fondo, haciendo que las ruedas rascasen el suelo al mismo tiempo que me reía a carcajadas para que me oyese. Por el espejo retrovisor le vi en medio de la carretera, inmóvil, desorientado, sin ser capaz de reaccionar en la oscuridad de la noche, y los motores de los automóviles se oían forzados para subir de un tirón la cuesta.

Amanece. El sol sale detrás de las montañas. Hace luz en lo oscuro y hasta se diría que da algo de calor. El límite escarpado de picos se va hacia atrás. La ventanilla a medio bajar deja entrar el aire que trae olor al bosque que que repentinamente envuelve al tren dejándole un paso. Aún queda para que la ciudad aparezca y de por terminado el traqueteo. En los prados del fondo del valle se ven vacas y hombres, y algunas casas en las laderas.

El recorrido lleva a Oviedo. El tren va desde Madrid. Él no tiene más de 7 años, es pequeño, flaco, de mirada acostumbrada a no ser expresiva, y su tía y su abuela le han encargado que guarde los dos asientos de la ventanilla, uno frente a otro, ellas van a sus cosas. Salen dándose con las rodillas de quienes se sientan frente a frente en el resto del apartamento. Los demás despiertos van sacando cestas de mimbre de las que extraen embutidos, tortillas, quesos y botellas de vino para esa primera hora de la mañana. El niño no tiene qué comer y, aunque mira de reojo, nadie le ofrece. Traga saliva y mira por la ventanilla el paisaje poco a poco más amanecido, pero cuando vuelve la cabeza ve que en el asiento vacío frente a él, que debía guardar, ya se ha sentado un anciano que además parece dormir. El niño abre los ojos con terror y siente que por los poros de todo su cuerpo le salen gotas de agua caliente. Cuando vengan su tía y su abuela eso va a ser un desastre. Otras veces ha recibido tortazos y pescozones y le han chillado delante de la gente. Sabe que en cualquier momento van a aparecer y se va a repetir la escena. Por el miedo que siente casi llora. Ni tan siquiera le hace tragar saliva el olor a chorizo que tanto le gusta. Y es que ver, oír y sentir las dos figuras de carnes colgantes, feas, arrugadas, de bocas enormes pintarrajeadas exageradamente por fuera de los labios, con los pelos puestos como cacerolas anaranjadas, sacando sus voces en grito agudas y moviendo los cuatro brazos y antebrazos grandes como jamones y de carnes flácidas, que mueven como alas de buitres terminadas en manos grandes que son planchas que le caen encima de la cabeza, y de esas planchas salen terminaciones duras pero articuladas que le agarran las orejas como tenazas... no siente más que angustia, y algo le impulsa a saltar del asiento junto a la ventanilla y pasar entre las rodillas de los demás viajeros que retiran embutidos y vinos, y con las manos de siete años que tiene baja la manivela de la puerta y la empuja para que corra sobre el carril, y él sale al pasillo sin pensarlo; por el lado de la derecha le llega el olor del café, el pan tostado y las magdalenas, y hasta se escucha un rumor de platos, entonces echa a correr por la izquierda, es dirección segura y no piensa volver; se hace la idea de salir corriendo del tren en cuanto pare.

Aún faltan horas para llegar a Oviedo.

Durante 14 años viví en aquella casa sin conocer escapatoria. Una familia en la que solo la voluntad de mi madre, obedeciendo su creencia católica y la reconvención constante del párroco, la sostenía bajo el bombardeo de mi padre. Hay personas, mujeres sobre todo, que dominadas por la voz suprema y los palos de un hombre tienen su vida destruida y no disponen de fuerzas propias ni saben donde encontrar ayuda, de la misma forma hay daños colaterales.

Durante los catorce años pude verlo todo y recibir la parte colateral.

El mismo día que me fui, y que decidí no volver, me marché reafirmandome en mi voluntad, hasta el punto que llamé por teléfono para decirlo, dejando a mi hermana preguntando "¿qué dices?". Había acudido a un cura que conocía para comunicárselo, pero se escandalizó y me negó toda ayuda culpabilizándome. Entonces descubrí lo que no veía, una barrera menos, un horizonte más claro y mayor, y más confianza en mí mismo.

Los amigos me habían despedido con ánimo, uno me trajo un bocadillo, otro me dio una pequeña linterna, otro unas monedas ahorradas; se alegraban de mi decisión, me animaban, me indicaban formas de disimular, por dónde andar y por dónde no para evitar a los policías y a los guardias civiles, "bordea los pueblos por el campo para que no te vean", "camina lo que puedas por la noche". Nunca hubiese imaginado despertar tanta simpatía.

En los días siguientes anduve por el arcén de las carreteras haciendo auto stop, subí a numerosos camiones de conductores solidarios y les mentí para que no se alarmasen... "voy a casa de mis padres, me han dado vacaciones en el colegio, y de esta manera ahorro dinero; trabajan en el campo y no pueden mandarme siempre". Entre camión y camión hallé árboles frutales y viñas que en pleno verano están haciendo su fruta, no hubo otra comida, y en las noches anduve algo y dormí al raso, al pie de los árboles me tendía recordando que ya no me pegaba aquella bestia.

Cuando al cabo de un tiempo la policía me llevó de vuelta, yo estaba más firme que nunca, las amenazas de los guardias con la cárcel me sonaban a pamplinas, a cuentos para asustar a niños inocentes. Al llegar abrió la puerta mi padre y pretendió acogerme entre sus brazos lloriqueando y diciendo lastimeramente con voz alzada, "¡hijo! ¡cómo has hecho eso?!", y lo rechacé con tal desprecio que se quedó paralizado y perplejo. Los policías se dieron la vuelta y se fueron habiéndole pedido la firma en los papeles oficiales. La violencia física conque siempre acometía la debilidad de los otros, cuando agachábamos la cabeza, cuando pronunciábamos palabras entrecortadas, cuando nos cubríamos con los brazos para evitar sus golpes, cuando doblábamos el cuerpo por la cintura y las rodillas antes de caer al suelo, cuando llorábamos de dolor y humillación y pedíamos por favor con voces partidas y respiración ahogada, aquella violencia que empleaba, parecía haberle abandonado ante un poder desobediente que no había imaginado y que por momentos parecía hacérsele más incomprensible.

Me abracé a mi madre que me pareció reconfortarse en el momento; no soltó una lágrima ni me hizo un reproche. A él le vi decaído, sin ánimo, se fue a comer fuera y vino a la noche; a los pocos días recogió algunas de sus cosas, y dejamos de verle y también de saber de él.

La madre, con los ojos decaídos, miró el frasco vacío de aceite y posó los dedos sobre el corcho que lo cerraba. El jornal no daba más que para comprar una botella al mes, legumbres, y los últimos días pan, y por entonces faltaba una semana para terminarlo; un tiempo demasiado largo para no cocinar, lo peor eran los niños.

Fue a sentarse a la pequeña mesa bajo la ventana, miraron la tabla con los ánimos y los ojos hundidos, ella con las chispas de un enfado que le ardía dentro, y ya era la hora de la merienda. Al levantar la vista se encontró con los ojos de los dos niños que la miraban; no pudo evitar una turbación que la subía desde el estómago, y volvió a ver los ojos fijos de los dos niños con una mezcla de atención y desesperación, no pudo más que apretar las mandíbulas que se le marcaron en la cara constreñida, los niños la vieron mover los labios encogidos hacia dentro conforme, de golpe, se metía las manos empuñadas en los bolsillos. Sabía que no podía más que hacerles esperar a la noche para comer el último pan, pero al instalarse tal propósito en su mente en el cristal de la ventana golpearon las ramas del árbol próximo empujadas por el viento, que mezclaba su silbido con el ruido cristalino, y sintió el dolor agudo del miedo como si fuesen heridas dolientes, abiertas por el filo del acoso que la hundía.

Entonces llamaron a la puerta con tres golpes fuertes. Tenía cortada la luz, no podían llamar al timbre. Ella se puso en pie, rígida, sin respirar, lívida. Los niños, dejaron de un salto las sillas y con sus corazoncitos saltándoles sin parar y sin desenganchar de sus ojos profundos sus miradas encendidas por la fiebre repentina del miedo, la tendieron sus manitas y apretaron las suyas, y bajando de las sillas, corrieron los dos pasos que les separaba de su madre y se abrazaron a sus rodillas. Pasó las horas sin saber qué hacer con sus manos que desde un rato atrás no se posaban en las cabezas de los niños, porque éstos se habían deslizado por sus piernas sin haberlas soltado, para caerse dormidos en sus pies. Había sido una solución.

Pasaban los coches con los faros encendidos. Era una calle de las denominadas "de fondo de saco". La gente salía sin preocupación, allí no pasaba nunca nada, y se metían a sus chalets hasta el día siguiente. La oscuridad iba cayendo y nos reducía el mundo a cada casa. Los jardines perfumaban el aire y daban a la caída de la tarde la calidez que se necesita para la emoción y la añoranza. Se encendieron los faroles de la calle y se dejó ver la neblina que anunciaba la bajada de temperatura.

Nos arrebujaamos con una manta en el porche para aguantar un poco más cuando sonó el timbre de la puerta de la parcela. Nos interrogamos con la mirada y tras un momento me quité la manta de los hombros y fui a abrir. Me costó identificarlo, se había retirado unos pasos, con la cabeza gacha, encogido, y con las manos en los bolsillos del pantalón, parecía más pequeño, y ese aspecto de avejentado. Miré al hombre con atención.

- ¿Mohamed?

Me pareció oír que decía algo, pero no le entendí. Dio un paso corto y otro y sacando las manos de los bolsillos se tapó la cara.

- ¿Qué te pasa, Mohamed?.

Y le escuché gemir quedamente, hasta que un gran dolor le convulsionó y lloró con un lamento inevitable. Salí a su encuentro y le puse mis manos en los hombros. Con voz acuciante me dirigí a él:

- ¿Qué te pasa? ¿No llores?. Cuenta qué te pasa. Ven adentro.

Le conduje al interior del porche con un brazo por encima de sus hombros. Ella vino al encuentro y al vernos me miró interrogativa.

- ¿Qué ha pasado?.

Mohamed lloraba sin ser capaz de explicarse, hasta que le oímos decir con voz rota:

- Lo siento. ¡Qué vergüenza!.
- ¿Vergüenza? ¿de qué?.

Se hizo algo más de claridad al pasar detrás un coche con las luces encendidas. Con los vecinos metidos en sus casas nadie había visto nada. Tampoco nuestra conversación se escuchaba ni en la calle vacía una vez que estuvimos dentro.

Un día de estos, en el tren de cercanías, una mujer no pudo contenerse. Como siempre, vagón por vagón el tren a esas horas iba lleno de gente trabajadora que volvía a sus casas. Íbamos envueltos en el cansancio, dejados, olvidados. Olvidados, pues ya no nos podían sacar nada. ¿Quién se olvida de quienes trabajan?, ¿qué es lo que ya no nos pueden sacar?. Al escuchar el grito de dolor contenido salimos del agujero particular, y, porque lo reconocíamos, porque despejaba nuestras heridas, porque somos humanos y conscientes, quisimos ver y entender. Hubo quien se puso en pie compulsivamente, quien levantó la cabeza, yo noté que a mi alrededor se contenía la respiración, y la miramos con los ojos abiertos de forma desmesurada. Las primeras voces, intermitentes, cuidadosas, las dieron quienes estaban cerca de ella. ¿Quién se olvida de quienes trabajan?:

Se repitieron las voces titubeantes, angustiadas, atentas, solidarias: - ¿Qué le pasa? ¿Qué le ocurre?,...- Y la mujer joven que un momento antes hubiera pasado desapercibida, puesta en pie, dejó escuchar entre lloros sus palabras: - ¡Les ruego... les ruego... que me ayuden! Soy... maestra...nunca imaginé que me podía ver en la calle. Me quedé sin trabajo...- Un quejido angustioso como saliendo del mismísimo dolor, hizo que se encogiese conforme con un pañuelo se tapaba los ojos y se secaba las lágrimas. - Me echaron del trabajo -declaró quedamente- me despidieron -levantó un poco el tono- cerraron varias aulas, y aquí, estoy aquí -sollozaba apretándose las manos una con otra- estoy sola con mis dos niños. -Aquí se recuperó, se notó que en este punto levantó el ánimo y en forma que parecía mezclar la rabia con la decisión apremiante declaró, alzando su voz rota hasta un tono que desgarró el aire del vagón- Antes que dormir con mis dos hijos otra vez en un cajero he decidido pedir ayuda.

No le dio tiempo a decir nada más; hubo una reacción general, un movimiento que indicaba que todos los allí presentes buscaban algo, al tiempo que se escuchaba un coro de voces que se dirigían a ella: -Pero vaya usted a la Cruz Roja, al Ayuntamiento,...

Su respuesta fue contundente mientras se la veía confusa viendo las manos que le daban dinero y oyendo algún ofrecimiento para compartir casa: - He ido y me cierran la puerta en todas partes, en Cruz Roja me dicen que vaya dentro de ocho días, en el Ayuntamiento que ellos...- Y así continuó explicando. De todos los ángulos del vagón llegaban gentes para paliar el dolor y ofrecer su ayuda.